



**UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES**

**SIN PATRÓN. UNA ETNOGRAFÍA SOBRE LOS HUERTOS URBANOS EN LA
CIUDAD DE CÓRDOBA.**

Autor: Pablo Ernesto Barrionuevo Torres.

Tesis presentada para optar al título de Licenciado en Antropología.

Directora: Dra. María Bernarda Marconetto.

Septiembre 2017

Córdoba, Argentina



Presentación de Tesis FFyH - RDU está distribuido bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).

<https://rdu.unc.edu.ar/>

*A mi madre,
indudablemente.*

Contenido

AGRADECIMIENTOS.....	6
INTRODUCCIÓN.....	8
CAPÍTULO UNO.....	17
Cómo llegué.....	17
Quiénes son.....	22
Cómo organizan sus actividades.....	30
El bolsón.....	37
La feria.....	40
El puesto.....	45
La miel.....	48
Las papas del aire.....	52
Soberanía alimentaria y territorio.....	54
CAPÍTULO DOS.....	59
Soberanía Alimentaria y Seguridad Alimentaria.....	60
La agroecología.....	64
El agro argentino y los Organismos Modificados Genéticamente.....	66
El acaparamiento de las tierras.....	72
El agro Cordobés desde la Perspectiva Agroecológica.....	81
CAPÍTULO TRES.....	88
Los humanos y las cosas.....	89
La Gran División.....	93
Simetría y rastreo.....	96

Ensamblado y Colectivo.....	104
Territorio practicado y producido	107
Alimentos y plantas.....	114
De la semilla al pan.....	124
La circulación “de la naturaleza a tu mesa”	133
La naturaleza del Movimiento.....	139
CAPÍTULO CUATRO	154
El hacer.....	156
¿Qué es producir?	157
Tornarse Mediador.....	163
¿Qué produzco?	166
La etnografía como producto	170
Recolectar.....	176
CAPITULO CINCO	180
Bajar a tierra.....	180
Harina de otro costal.....	188
IMÁGENES	194
BIBLIOGRAFÍA	206

AGRADECIMIENTOS.

Antes que nada, deseo agradecer a mi familia por su firme e inagotable apoyo. No puedo resumir en palabras todo mi cariño y reconocimiento.

No hubiera podido llevar adelante este proyecto sin Chechu, mi cómplice y compañera, en todos los sentidos que esas palabras puedan llegar a tener. También quiero agradecer a su familia por su cariño y aliento.

A todos los integrantes del N~NaC (Núcleo Naturaleza~Cultura, IDACOR-CONICET) por enriquecer este trabajo por medio de cuatro años de discusiones, especialmente querría agradecer a Bernarda por depositar en mí su confianza y amistad.

A Sofía por colaborar con este trabajo orientando mis lecturas, y facilitarme muchas de ellas.

A Renata, que aunque no lo sepa realizó un importante aporte a este trabajo.

Por último, pero no menos importante quisiera agradecer a todos los miembros del Movimiento de Agricultores Urbanos por la frescura, calidez y paciencia a lo largo de todo este proceso, y por los aprendizajes que pude realizar a su lado.

INTRODUCCIÓN.

...para que podamos leer nuestras acciones y decisiones, aciertos y errores. Para que reflexionemos juntos sobre todo eso y podamos seguir dándonos forma.

Flor, Memorias de los Agricultores.

El presente Trabajo Final se originó con la intención de explorar y describir las relaciones que se establecen entre los humanos y las plantas que participan en la construcción de los huertos urbanos en la ciudad de Córdoba a partir del caso del “Movimiento de Agricultoras y Agricultores Urbanos de Córdoba”, poniendo en relieve el rol de las plantas como entidades resignificadas a partir de su inserción en una red de relaciones que involucran actores, prácticas, y discursos particulares centrados en ellas. A lo largo del Trabajo Final sostendré que el MAUC puede ser abordado como un “colectivo”, esto es un conjunto dinámico de asociaciones entre objetos, personas, acciones, discursos y un largo etcétera de elementos heterogéneos pero imprescindibles para aglutinar el conjunto.

Las reflexiones se sustentarán en la experiencia etnográfica que podría dividir en tres períodos. El primero de ellos consistió en un trabajo de campo sistemático realizado entre los meses de octubre de 2015 y mayo de 2016. Posterior a esto se dio un período en el que, sin perder total contacto con el movimiento, me alejé de sus actividades. Esto coincidió con el inicio del proceso de escritura y la evidente necesidad de abordar lecturas que no tenía planificadas, orientadas a comprender la situación agrícola frente a la cual el Movimiento construye su militancia. En un tercer momento, iniciado alrededor de abril de 2017 y que se mantiene hasta la actualidad, retomé un recorrido que me acercaría nuevamente a las actividades del Movimiento. En este último período, gracias a una mayor permeabilidad a las ideas que sustentan los esfuerzos del Movimiento, pude afianzar los conceptos necesarios para dar cuerpo a este trabajo.

En sus orígenes el foco de las interrogaciones estaba puesto sobre la categoría “plantas” y las “huertas”. Fue sorprendente comprender como aquello que yo llamaba “planta” podía tomar diferentes significados: alimento,

repelente, mercadería, producto, *commodity*. Durante mi experiencia etnográfica fue clara la necesidad de reformular estas categorías en términos de “alimento” y “territorio soberano”. Por otro lado, los conceptos de “producción” y “producto” fueron elementos que poco a poco ganaron relevancia en mi trabajo. Si bien estas preguntas y reflexiones serán abordadas en el capítulo cuatro, considero oportuno adelantar ciertos puntos. Uno de los intereses del MAUC es explicitar los eslabones en la cadena de producción de alimentos del modelo agroindustrial frente a los consumidores y denunciar cómo este sistema afecta tanto a nuestra salud, a la economía del país y a los ecosistemas. También busca, a través de la práctica concreta y cotidiana, opciones para repensar los posibles modos de producir alimentos, ya sea en el hogar de cada quien, o administrando campos de cultivo con el objetivo de demostrar a pequeños y medianos productores cordobeses que es posible producir y comercializar alimentos en términos agroecológicos y, a la vez, lograr obtener ganancias para continuar con un emprendimiento agrícola. En definitiva, una de las preguntas que los

integrantes del MAUC se han hecho es ¿Cómo es que se producen y cómo queremos producir alimentos? Este interrogante me interpeló de manera inesperada y fue disparador de nuevas lecturas orientadas a responder cómo escribir/producir este Trabajo Final de Licenciatura.

Este trabajo está organizado en cuatro capítulos, los cuales describiré aquí muy sintéticamente.

El capítulo uno aborda de lleno el surgimiento del MAUC en Córdoba y el trayecto histórico de esta organización. Aquí busco dar respuesta a cuestiones del tipo quiénes son, cuáles son los espacios que utilizan, qué importancia tienen para la organización estos espacios, cuáles son sus objetivos de trabajo, cómo es que pretenden lograrlos, etc. Es decir, pretendo ofrecer una caracterización general del MAUC.

El capítulo dos se propone recorrer una variedad de autores que den cuenta de la situación de la industria agrícola argentina sobre todo en lo que respecta a algunos ejes centrales desde la perspectiva de los integrantes del MAUC: la utilización a escalas masivas de los agrotóxicos, la expansión indiscriminada de una frontera agraria orientada

al monocultivo y la agresiva manera en la que se están perjudicando los suelos argentinos. Nos acercaremos al panorama argentino, las consecuencias del avance de la industria agrícola sobre áreas urbanizadas y la relación que esto tiene con el ingreso de la Soja *Roundup Ready* en Argentina y en Córdoba en particular. Como ya mencioné, este recorte, presentado a modo de antecedentes de investigación, fue producto del recorrido etnográfico y de mi propia necesidad de comprender los posicionamientos del MAUC ante la situación del agro argentino y cordobés.

El capítulo tres intenta articular el marco teórico-metodológico que orienta este trabajo Final con la experiencia etnográfica realizada junto a los integrantes del MAUC. En particular, me concentraré en algunas situaciones específicas que se tornaron puntos de inflexión y me orientaron hacia la formulación de nuevas y tal vez mejores preguntas. Así, las plantas devendrán alimento producido y comercializado y, junto al territorio sobre el cual se ejerce la soberanía alimentaria serán dos mediadores críticos y necesarios para el ensamblado de un colectivo como lo es el Movimiento de Agricultores

Urbanos. Esta terminología remite a la obra de Bruno Latour. En su libro “Reensamblar lo Social”, el autor sostiene que cualquier conjunto de relaciones está constituido por un ensamblaje de humanos y no-humanos, materialidades, personas y agencias. Propone entonces transformar el estudio de “lo social” en el estudio de las asociaciones entre aquéllos. Otro elemento de la Teoría del Actor Red relevante en esta investigación es el concepto de “mediador”, éste se refiere al hecho de que en esta perspectiva las materialidades, los objetos y el territorio intervienen activamente en el devenir de los vínculos sociales. Aquí, “plantas”, “alimento”, “territorio”, “agroquímicos”, serán abordados como materialidades que condensan conceptos, esfuerzos y voluntades que harán posible un mundo u otro.

El capítulo cuatro se orienta a dar respuesta a los interrogantes que surgieron durante la etnografía sobre aquello que es producido. Aquí me tomo la libertad de introducir los aportes de Michel Taussig (2015), quien se pregunta acerca de los modos de escribir y cuál es la posición que un autor puede llegar a tener frente al acto de

narrar o escribir. También se despliegan los aportes de Marilyn Strathern (2014 [1941]) en relación al “segundo campo” de la etnografía, la escritura y las relaciones que se establecen con el campo etnográfico. Según la autora, no debemos despreciar la dinámica intrínseca de la actividad de descripción ni desconocer los efectos de la etnografía sobre nuestra forma de escribirla.

La investigación de campo entera versó sobre las prácticas y ejercicios orientados a hacer manifiestas las formas de producir alimentos y quienes lo hacen. Las personas con las que trabajé pretenden eso, y ese es el giro que produjeron en mí: justamente uno de los reclamos del MAUC es que toda la industria y los mecanismos que ponen alimentos en las góndolas están invisibilizados. Entonces, que mi etnografía se tornase “mixta”, de ellos y de mí, en tanto ambos somos productores no es un desliz metodológico o una decisión propia. Es una imposición del campo sobre mí. Los planteos con los que me acerqué a ellos en ningún momento trataban sobre las maneras y formas de producir contenido académico, mi intención primera era explorar y preguntarme acerca de las posibles redes de relaciones que

eran habilitadas o mediadas por las huertas urbanas en la Ciudad de Córdoba haciendo foco en las relaciones que se establecían entre humanos y plantas al momento de la construcción y mantenimiento. Pero nada de eso era algo que les interesase a ellos. Más de una vez me corrigieron cuando yo hablaba de las plantas: “Alimentos, Pablo, son alimentos” fue la respuesta alguna vez. Si este trabajo corre el riesgo de ser un análisis de mi propia forma de producir es porque aprendí de ellos a preguntarme qué consumo y qué produzco, en la mayoría de los aspectos de mi vida.

Por último, el capítulo cinco, a modo de conclusión, busca aglutinar aciertos y errores de mi experiencia etnográfica y de escritura. También pretende organizar futuros desafíos y líneas de investigación que surgen de este trabajo.

Antes de desarrollar el Trabajo Final caben algunas aclaraciones en relación a como está escrito el texto. Por un lado, las pocas veces que me refiero a los integrantes del Movimiento, utilizo los apodos habituales que ellos utilizan. Por otro lado, existe una alternancia en el trabajo del uso de la primera persona del singular y la primera persona del

plural. Cuando utilizo esta última me generalmente estoy invitando al lector a seguir un razonamiento. En tercer lugar, en muchas ocasiones me refiero a los “integrantes del Movimiento”. Considero que esto fue resultado de mi necesidad de resaltar el carácter individual y heterogéneo de las perspectivas que conforman al movimiento en tanto colectivo. A lo largo del Trabajo Final y especialmente en el capítulo tres abordaré esta capacidad del colectivo de conformarse a partir de la convivencia de perspectivas heterogéneas.

CAPÍTULO UNO

Cómo llegué.

La elección del tema de investigación tuvo que ver con las problemáticas abordadas en la cátedra “Arqueología y Naturaleza” y los seminarios dictados por el equipo de cátedra durante el cursado de la carrera. La pregunta general a partir de la cual llegué al campo refería a la posibilidad de concebir y practicar de diferentes maneras las relaciones entre humanos y plantas, entre humanos y no humanos, en tanto en contextos no modernos son habituales los vínculos establecidos más allá de los modos extractivistas que priman en nuestro sistema capitalista. Uno de los ejes de problematización en este sentido tiene que ver con explicitar ciertos supuestos o errores metodológicos de abordaje de culturas “otras” que tienen que ver con formular las preguntas y las respuestas desde una lógica capitalista, occidental, moderna. En el caso del MAUC, algunos ejes fundamentales de esa lógica están siendo puestos en cuestión, particularmente los que tienen que ver con concebir las plantas como meros recursos económicos y con la lógica de producción industrial.

Entonces, la inquietud inicial de la investigación tuvo que ver con cómo se tejían las relaciones entre personas y plantas en un grupo cuyas prácticas e ideas resultaban heterodoxas, pero que, sin ninguna duda, forman parte de una sociedad que se considera a sí misma moderna y capitalista. La incertidumbre sería cómo se puede generar y cómo funciona este tipo de heterodoxia en las prácticas y concepciones de las personas siendo que suponemos existe una serie de ideas compartidas sobre cómo funciona el mundo moderno.

La pluralidad que condensa aquello a lo que nos referimos como planta me llevó a plantear una etnografía que explorase las concepciones y relaciones con las plantas en un ámbito en el que juegan un rol fundamental. Es posible concebir a estos seres y las relaciones que se basan en ellos o los atraviesan como mucho más complejas que lo supuesto en un principio. Las plantas son y hacen muchísimas cosas: ellas comunican con otras entidades¹,

¹Según Latour (1991), el mundo moderno jamás llega a ser tal, por estar impregnado de inconsistencias y repleto de, justamente, estas entidades negadas. La característica que lo presenta como Moderno es la Gran División Naturaleza-Cultura, y las relaciones que ésta sustenta.

son remedios, venenos, asesinas, commodities, herramientas políticas, ejes desde los cuales se construirá la soberanía de una nación, alimento, productos (del cuidado y el cariño o del laboratorio) o mercancía.

Mi aceptación en el campo fue influida por un aspecto clave en la configuración del modelo agroecológico: los agrotóxicos y otros insumos utilizados en los cultivos convencionales son remplazados por mano de obra y siempre hay un cúmulo de actividades que nos mantienen ocupados a lo largo de una jornada.

Uno de los primeros desafíos planteados al momento de realizar el trabajo es que muchos de los integrantes del Movimiento también son académicos. Manejan una serie de conocimientos que para mí resultaron intimidantes tanto a niveles teóricos como prácticos. Ejemplo de esto es que uno de los primeros requisitos para llevar adelante mi trabajo fue compartir con ellos el mi proyecto de Trabajo Final, el cual fue presentado en una de las reuniones

El mundo moderno lo es solo en tanto A-moderno, incapaz de cumplir con sus pretensiones. Esto será desarrollado en el Capítulo tres.

colectivas del Movimiento, discutido y la decisión grupal fue nombrar a una integrante –socióloga de profesión– para que lo corrigiese y me realizara una devolución, la cual fue más que exhaustiva. En este sentido la precaución bourdiana de no intimidar a mis sujetos de estudio resultó inadecuada en mi caso.

Otro de los inconvenientes que tuve que enfrentar en el proceso de investigación es que ninguno de sus integrantes se consideraba en condiciones de hablar del Movimiento como colectivo. En mis primeros encuentros con ellos preguntas mal formuladas sobre su trabajo me llevaban siempre a la respuesta “es algo que deberías hablar con todos”. La verdad, en pocas ocasiones hablé de “el Movimiento” con los integrantes del Movimiento individualmente, uno de los temas que hacían esto más evidente era la pregunta por el pasado del Movimiento y sus experiencias de construcción colectiva en espacios previos a los que estaban trabajando al momento de mi etnografía. Comprendo esto como la elección de cada uno de los integrantes del Movimiento de respetar el carácter colectivo y controvertido del pasado, en el sentido de que

se admite la pluralidad de vivencias respecto de él y no se desea explicitar una de ellas sin que haya posibilidad de debatir o de expresar otras. Esto se contrapone a otros temas sobre los cuales cualquiera de ellos se siente más que cómodo e incluso ansioso por compartir, como por ejemplo la procedencia de los productos que comercializan, la situación del agro argentino, los escandalosos niveles de contaminación producida por las empresas multinacionales que se dedican a la producción de insumos para el agro, o la importancia de conocer la procedencia de nuestros alimentos entre otros.

Con el correr de mi experiencia etnográfica comprendí para ellos también resultaba incómoda cualquier situación que siquiera asemejase una entrevista en su sentido más formal, por este motivo el grabador y un cuaderno de campo quedaron excluidos de mis “herramientas de campo”. Mi posición estando allí no podía ser pasiva, ni de “recolección de datos” en ningún sentido. Trabajé a la par de ellos realizando las actividades que forman parte de su cotidiano: desuyando, reparando y manteniendo la bomba de agua que utilizan, limpiando cebollas, organizando

bolsones, vendiendo alimentos en el puesto de la feria, participando de marchas, de reuniones, fiestas. De hecho, en los momentos en los que por inexperiencia o desconocimiento no podía desempeñar ninguna tarea útil me sentía incómodo y creo que ellos también. Felizmente con el correr del tiempo estas situaciones se volvieron más infrecuentes.

Quiénes son.

La definición del MAUC por parte de sus integrantes como individuos y como colectivo presenta ciertas dificultades para ser descrita. Frente a “otros”, a personas u organizaciones externas al movimiento, el grupo se refiere a sí mismo como “MAUC”. En otras ocasiones utilizan la letra “x” en la palabra “agricultorxs” para eliminar el sesgo de género masculino/femenino. En general, estas últimas ocasiones tienen visos formales, o remiten a formas institucionalizadas de lo político. Por otra parte, a nivel interno existen diversas formas de referirse a ellos como colectivo: “El Movimiento” o “Agricultores”. En este trabajo para referirme a ellos he escogido la expresión “el Movimiento” o en ocasiones por sus siglas, MAUC.

Como una primera definición me remito a la palabra de una de sus integrantes que logró condensar la trayectoria y el propósito del Movimiento de la siguiente manera, esta frase la escuché en el primer plenario al que asistí, estaban presentes casi la totalidad de los integrantes del Movimiento y muchos acordaron con lo dicho:

“Somos un movimiento político apartidario cuya intervención comienza cuando plantamos una semilla”.

El Movimiento está conformado por unas 20 personas, este número es fluctuante a lo largo del tiempo, principalmente debido a las múltiples ocupaciones de los integrantes, pero rara vez desciende a 10 personas y aquellos que se ausentan momentáneamente siempre se mantienen en contacto. Al momento de realizar la etnografía el Movimiento estaba gestionando la producción de dos terrenos en la ciudad de Córdoba, a los que se refieren como “el campo de Ferreyra” y “el campo de Guiñazú”. Sus miembros, en su mayoría mujeres, son estudiantes universitarios de diversas carreras, artistas callejeros, trabajadores ocasionales, ingenieros agrónomos,

psicólogos, trabajadores sociales, comunicadores sociales, profesores de educación física, entre otros. Las edades de los participantes en el movimiento son muy variadas; en muchas ocasiones presencié como los hijos de los integrantes del movimiento eran nombrados como “los integrantes más chicos del movimiento”.

Todos los integrantes del Movimiento tienen una fuente de ingresos independiente de su actividad en el MAUC, sea a partir de la producción y comercialización de alimentos dentro del paradigma agroecológico más allá del ámbito del MAUC o a través de profesiones que, a primera vista, podrían distar mucho del ámbito de producción de alimentos. Además, es notable la habilidad de algunos de los miembros del Movimiento para gestionar becas de extensión de la UNC, es decir que la venta de alimentos no es el único medio que tiene el Movimiento para sostenerse, pero si sobre el que más hincapié se hace y el que más esfuerzos articula.

El MAUC gestiona y promueve diversos espacios con la intención de generar circuitos de “comercio justo” para los

productos de distintas cooperativas y asociaciones de pequeños productores cordobeses y las propias del Movimiento, a la vez que se consolida como un eje de diálogo entre distintas agrupaciones y los consumidores de la ciudad de Córdoba. El Movimiento se está organizando en tres áreas de trabajo: Comunicación, con competencia interna y externa para organizar y difundir información de importancia; Producción, que gestiona los campos de los cuales disponen, y organiza las acciones a llevar a cabo cuando se trata de productos con valor agregado como dulces o harinas; y el área de Comercio Justo que se encarga gestionar la circulación de productos entre distintas organizaciones.

Estas acciones están orientadas a criticar la producción masiva e industrializada de alimentos, que, según ellos, implica una mayor distancia entre el consumidor y el circuito de producción, lo cual lleva a un desconocimiento acerca de que se está comiendo. Argumentan también que la mayor producción y circulación de alimento no significa necesariamente su mayor disponibilidad para los consumidores, ni su bajo costo. La propuesta realizada a

través de sus prácticas consiste en demostrar tanto a productores convencionales del cinturón verde de Córdoba como a los consumidores de la ciudad que la alternativa agroecológica es factible de ser aplicada aquí, propuesta que comparten con muchas otras organizaciones y pequeños productores articulados en el espacio de la Feria Agroecológica.

Otras actividades relevantes en relación al ingreso económico de la agrupación son rifas, en las que generalmente se premia al ganador con bolsones de verduras y otros productos agroecológicos; durante el tiempo que los acompañé fueron raras las ocasiones en las que utilizaron este medio para obtener recursos económicos, las rifas fueron utilizadas para subsanar el robo de una bomba de agua que sufrieron al poco tiempo de instalarse en el campo de Guiñazú. Otra actividad poco frecuente del Movimiento es la organización de fiestas en espacios culturales como la realizada en la Casona DADA del Barrio San Vicente (para celebrar los cinco años de la organización), en la que entre otras cosas, se comercializaron platines de árboles frutales a muy bajo

costo bajo la consigna “1 Frutal en Cada Casa – Agricultura Urbana para Soberanía Alimentaria”; o la “Campaña del Cabrito” en la cual participan en conjunto con la Asociación de Pequeños productores del Noreste de Córdoba (APENOC-MCC) con el objetivo de llegar a un público más amplio y de esa manera una mayor distribución del producto. Es decir, el Movimiento recurre a múltiples maneras de generar un capital económico que facilite la formación de precios de “economía popular”, una de las aspiraciones y principales lineamientos del Movimiento, junto con la construcción de la Soberanía Alimentaria y la concientización de los consumidores de los pormenores de la producción de alimentos de manera convencional.

Los orígenes del MAUC se remontan a la cátedra de Ecología Agrícola de la Facultad de Ciencias Agropecuarias de la UNC hace unos seis años. Esta cátedra articula “elementos teóricos, prácticos y metodológicos para el conocimiento y análisis de los agroecosistemas, profundiza en el enfoque holístico de los mismos, integra conocimientos en el área de recursos naturales e incorpora conceptos en torno a los niveles de organización biológica de poblaciones,

comunidades y ecosistemas”². La cátedra orientó sus esfuerzos a la formación de profesionales que dispusiesen de los conocimientos y las herramientas necesarias para la construcción y administración de espacios agrícolas que permitiesen alcanzar una producción sustentable haciendo un uso responsable y eficiente de los recursos locales, a la vez de ser capaces de sostener y fomentar la biodiversidad regional y las características autorreguladoras del agrosistema.

En este sentido cabe destacar que cuatro de las personas que iniciaron el Movimiento participaron en espacios universitarios que se posicionaban críticamente respecto de los modos de producción agroindustrial y su presencia curricular en la UNC: el Movimiento de Base de Agronomía (MBA) y la Cátedra Libre de Agroecología, ambos de la Facultad de Ciencias Agropecuarias de la UNC.

En el año 2010 los integrantes del movimiento se acercaron a la Cooperativa San Carlos. Esta fue una oportunidad para

² Programa de la Cátedra de Ecología Agrícola. Facultad de Ciencias Agropecuarias - Universidad Nacional De Córdoba. 2004.

encontrarse con productores de mayor escala. La experiencia en este espacio brindó una oportunidad para plantearse como productores a una escala comercial. Esto no solo se veía motivado por un interés netamente económico, sino que para poder llevar la lucha por la soberanía alimentaria al gran público uno de los requisitos necesarios para el movimiento es contar con una cantidad suficiente de productos. Luego de estas experiencias, el movimiento comenzó con una serie de objetivos y prácticas, sino dispersas un poco más amplias que las actuales, organizando mingas en el barrio Los Artesanos y Villa Maternidad, promocionando y fortaleciendo huertas familiares y comunitarias o conformando instancias de formación en escuelas, barrios y espacios culturales en las Sierras Chicas de Córdoba con la intención de profundizar la discusión del estado del Bosque Nativo cordobés.

Es en este contexto en el que los integrantes del Movimiento entran en contacto con el productor local Raúl Ferrenelli quien se tornó uno de los ejes del Movimiento. Es él quien les facilitó, por medio del arriendo, el “campo de Ferreyra” que está ubicado en las cercanías de la Avenida

Gobernador Sabattini, Ruta Nacional 9, antes de llegar a Ciudad de mis Sueños, siguiendo el camino del Departamento de Patrulla Rural Sur.

Cómo organizan sus actividades.

En el campo de Raúl ellos disponen de un galpón, el conjunto de herramientas necesarias para trabajar la tierra y dar los cuidados necesarios a las plantas cultivadas que, dependiendo de la época, ocupan entre 13 y 20 surcos cultivados de unos 300 metros de largo todos ellos. En estos surcos se plantan pimientos, zapallos, ajos, rúculas, tomates, berenjenas, lechugas, rabanitos, papas, maíz, sorgo, acelga, remolacha, zanahorias, cebolla de verdeo y perejil. El cuidado de las plantas suele requerir un mínimo de dos jornadas laborales durante la semana, de preferencia tres o más, que toman alrededor de cuatro horas, o más, de trabajo intensivo. Luego de un tiempo con ellos fue claro que una semana de dos jornadas pone la producción en riesgo y es insostenible en el tiempo. La mayoría de las veces se utilizan dos autos de los integrantes del MAUC, uno de Luciana y el otro de Mariana para acercar a otros integrantes del Movimiento. Generalmente se

anota el kilometraje del recorrido entre la Ciudad de Córdoba y el Campo, se calcula el gasto de combustible y mensualmente se paga el combustible con dinero del fondo común de la agrupación. Durante las jornadas de trabajo en el campo una de las primeras actividades que suelen realizarse es “salir a recorrer el campo”, que significa ir a caminar, para reconocer (con ojo entrenado) las prioridades del día. Suele ser Luciana, ingeniera agrónoma de profesión, quien hace esto. Después de recorrer, se decide en grupo la distribución de las actividades del día. Las prioridades suelen ser “pasar la azada”, controlar el estado de la acequia, revisar las mangueras del sistema de riego, aplicar bio-repelentes o fertilizantes las plantas que pudieran necesitarlo, cosechar las plantas que estén en condiciones para el consumo, armar los bolsones necesarios para la venta o los cajones en caso de que se necesite mercadería para el puesto de la Feria Agroecológica, actividad que se realiza casi todos los viernes.

Pasar la azada es una actividad que suele realizarse en grupos de cuatro personas distribuidas entre los surcos y

requiere algún grado de práctica y cuidado. Consiste en seguir la línea del surco quitando cierta cantidad de yuyos pero no todos, sino aquellos que podrían competir por luz, agua o espacio y sofocar las plantas cultivadas, sobre todo los retoños que son más delicados. En ese sentido, los integrantes del MAUC tienen una ligera distinción: ellos consideran que el término “maleza” es acuñado desde una perspectiva agrícola que no contempla todos los aspectos que podrían llegar a participar del equilibrio de un ecosistema. Según ellos, en esta perspectiva “maleza” se refiere a cualquier yuyo o planta silvestre que sea considerada improductiva y por ende indeseable, pero los integrantes del MAUC sostienen que remover la totalidad de las plantas silvestres que crecen entre los surcos pone en riesgo el equilibrio dinámico que se da entre las plantas y el suelo³. Los yuyos previenen la degradación del suelo por erosión, a la vez que en algunos casos sirven para regular el

³ Drasual (2006) nos recuerda que la palabra “yuyo” proviene del quichua *yuyu* que significa hierba comestible o condimentaria, mientras que *yuyuchacara* equivale a huerta. A su vez, Eduardo Rapoport (1999) y Ana Ladio (2005) llaman la atención sobre la biomasa disponible al consumo humano en zonas baldías, que en algunas zonas de Argentina supera los 2.500kg/ha.

grado de exposición solar de algunas de las plantas cultivadas que podrían tener una tendencia a quemarse. De preferencia pasar la azada es una actividad planificada para las horas más tempranas del día, cuando el riesgo de insolación es mínimo, pero debido a la necesidad de trasladarse hasta el campo suele llevarse a cabo entre las 9 y las 12hs, por lo que no son sólo las plantas quienes corren riesgo de quemarse.

Realizando este trabajo junto con los integrantes del Movimiento en repetidas ocasiones han surgido en las charlas comentarios del tipo “deberíamos encontrar la manera de vivir aquí o conseguir la forma de que alguien se pueda quedar en el campo”. Esto se debe a que el campo carece de un espacio que ofrezca comodidades habitacionales, solo cuenta con un garaje compartido con Raúl -del cual en caso de necesidad pueden tomar herramientas prestadas-, un espacio arbolado en el que se estacionan los vehículos, una toma de agua potable y un galpón donde organizar el trabajo y descansar. Visitando el campo dos o tres veces por semana el trabajo de desyuyar resulta realmente agotador, sobre todo en temporada de

lluvias, en la que el ritmo de crecimiento de las plantas es cuanto menos abrumador y la inversión de tiempo y trabajo parece infructuosa. En el caso de las plantas de porte bajo como el zapallo o la rúcula, particularmente, cada dos o tres días debían ser “rescatados” de entre los yuyos que los tapaban por completo.

Las plantas del Campo de Ferreyra son regadas por inundación. Esto consiste en regular mediante compuertas los pasos de agua de la acequia para lograr que ésta siguiendo el desnivel de los surcos y asistida por el uso de la azada, llegue inundarlos a todos. Para que esto suceda es necesario realizar mantenimiento de la acequia, lo cual se hace cortando las plantas silvestres que crecen en y alrededor de ella, trabajo que se realiza con moto-guadaña, con la intención de despejarla y lograr la fácil circulación del agua. Generalmente las plantas silvestres cortadas son separadas para su compostado y su utilización como fertilizante.

Es un sistema de riego que los integrantes del Movimiento consideran poco eficiente y en el que es difícil regular la

cantidad de agua que cada planta a lo largo del surco recibirá: al momento en el que la última planta del surco recibe agua, la primera, más cercana a la acequia, está inundada. Cuando realicé esta etnografía una de las mayores aspiraciones del Movimiento como conjunto era lograr recaudar fondos para la instalación de un sistema de riego por goteo que, si bien introduciría nuevas dificultades económicas, de infraestructura y técnicas, aseguraría un mayor control sobre el riego y una mayor eficacia en el uso del agua.

La aplicación de bio-insumos en las plantas se hace con productos realizados por ellos mismos en tachos plásticos o bidones en el galpón, o con los insumos para la huerta producidos en el marco del proyecto “Monte Sano”, llevado adelante por Laura –una de las integrantes del Movimiento- y su compañero, Mario. Ambos centran sus esfuerzos en la producción de abono líquido, bio-funguicidas y bio-repelentes que comercializan en Ferias de la ciudad de Córdoba y en muchas localidades de traslasierra. Generalmente se tratan de infusiones concentradas - purines- de plantas de aroma y sabor agresivos como el ají

y el ajo o de otras plantas con propiedades químicas particulares como la ortiga o los frutos del árbol del paraíso, la primera mantiene alejados a pulgones y las variedades de insectos chupadores, mientras que el segundo, mucho más agresivo y netamente venenoso mantiene a raya a la mayoría de los insectos que podrían poner en riesgo la huerta. Estos preparados se realizan con agua de lluvia que luego son embotellados y comercializados en envases reutilizados de gaseosas. La fumigación se realiza por medio de asperjado con mochila a palanca, que suele ser una de las opciones más comunes entre los pequeños agricultores pero que en caso de uso convencional, como por ejemplo la aplicación de herbicidas e insecticidas químicos, lleva ciertas complicaciones referidas a protección y el aislamiento de la persona que utiliza la mochila. Sin embargo, la opinión de algunos de los integrantes del Movimiento sostiene que estas prácticas de seguridad no son comunes, ni mucho menos, debido en algunos casos a dificultades económicas y, en otros casos, a lisa y llana negligencia. Siguiendo los lineamientos del paradigma agroecológico a los cuales el Movimiento adhiere y

utilizando insumos orgánicos precauciones de este grado se tornan innecesarias. Más de una vez vi como Lu se sentía más molesta por el calor y la sensación sofocante de la máscara que por el olor cuando aplicaba el bio-repelente a base de ají en los surcos cultivados del Campo de Ferreyra.

El bolsón.

Los días jueves el Movimiento se organiza para la distribución y venta de los bolsones de verduras que son encargados por consumidores durante la semana hasta el día miércoles a la noche como máximo. Los bolsones son armados a pedido, con un mínimo de 5 tipos distintos de verduras y un máximo de entre 15 y 18. La cosecha para esta forma de comercialización se realiza los días miércoles a la tarde-noche, son conservadas en las heladas habitaciones de la casa que utilizan en el campo de Guiñazú, durante una noche y luego, generalmente, son entregadas en el domicilio. Otra forma de adquirir los bolsones es que el consumidor realice una visita a los “nodos” del Movimiento. Los nodos son espacios de comercialización en las casas de algunos de los integrantes del movimiento. Algunos integrantes designan a este fin una estantería con

productos en exposición, generalmente en los espacios más visibles para el visitante. Otros dedican una habitación entera, en la que se exponen libros relacionados con el paradigma agroecológico, panfletos y productos del Movimiento (harina integral, polenta, verduras, semillas, productos deshidratados), productos de otras organizaciones (variedades de té, miel y tomate triturado de APENOC-MCC, yerba mate “La Jactancia”, panificados de la Organización “Pimienta Productiva”, fernet de la Cooperativa de Mercado Solidario) y producción de la persona que vive en esa casa (dulces caseros, granolas, bio-repelentes, compost, plantas decorativas y aromáticas).

Con el bolsón de verduras, en algunas ocasiones, podemos encontrar folletos de este tipo:

*“De la **Naturaleza a tu Mesa...** Llegó la verdura agroecológica.*

*Desde el movimiento de agricultores y agricultoras estamos haciendo posible un desafío **colectivo**; la **producción** de alimentos **sanos** y a precio justo.*

Con el uso de abonos orgánicos, repelentes naturales, controles biológicos y biodiversidad, generamos el

cuidado artesanal que la producción de hortalizas necesita.

Estamos convencidos que la sociedad organizada encontrará los medios para evitar el uso de agrotóxicos, semillas híbridos y transgénicos, que solo generan enfermedad y dependencia en agricultores, consumidores y el medio ambiente.

Necesitamos ser miles de experiencias que sostengan la vida digna en el campo y la ciudad. Empecemos ahora!!

Este bolsón contiene verdura variada de estación y papas “Existir” del agricultor Raúl Fermanelli, producidas en Ferreyra. Cinturón verde de Córdoba.”⁴

Este folleto llegó a mis manos en uno de los primeros bolsones que compré al movimiento. Cada una de las palabras destacadas se constituirá en clave de análisis en los capítulos posteriores, dado que condensan significados y esfuerzos centrales para comprender la propuesta del Movimiento y su relación con los alimentos⁵.

⁴ Las negritas son mías, a lo largo del trabajo se hará evidente la importancia de estos conceptos.

⁵ Más adelante, en el capítulo tres, el lector se encontrará con las sutilezas de la relación planta/alimento. Por ahora me limito a adelantar

La feria.

Los días viernes se va específicamente al campo a recolectar los productos para la Feria. En estas ocasiones la visita se hace en horario vespertino, entre las 18 y las 21 horas con la intención de que las verduras lleguen al puesto de la Feria Agroecología, que se organiza los sábados por la mañana en el campo de la Escuela de Ciencias de la Información, lo más fresca posible. Se recolectan todas las verduras en condiciones de ser comercializadas, actividad que es planificada a lo largo de la semana según el estado de floración de las plantas como la rúcula o la lechuga y la maduración de los frutos. Luego de la recolección se hace un inventariado y se coordina un precio estimativo entre los presentes. Este precio suele ser definido en relación con los costos de mercado y la situación económica del Movimiento, la organización toma como eje prioritario la formación del “precio justo” que “tiene en cuenta tanto al

que para los integrantes del Movimiento el énfasis está puesto en el segundo elemento de la diada: aquello que ellos cultivan es, antes que nada, alimento. En el ámbito agroecológico más de una vez escuché la frase “regar yuyos” para referirse a la negligencia al momento de cuidar una huerta que difícilmente producirá alimentos.

productor como al consumidor”. Una de las ventajas de producir alimentos de esta manera es la ausencia de intermediarios que “inflen” el precio de venta de los productos, por este motivo el Movimiento tiene la capacidad de competir con los precios de otros locales de la ciudad en los que el precio de los alimentos está condicionado por los intermediarios que participan entre los productores y el consumidor final.

Si bien sucedieron, son extremadamente raras las ocasiones en las que los integrantes del Movimiento se organizan para visitar el campo de Ferreyra los sábados a la madrugada para llevar los productos a la Feria. Hacer la recolección en el mismo día plantea dificultades logísticas innecesarias y posibilita que el armado del puesto se haga “tarde” en términos relativos a la Feria que suele comenzar entre las 8:30hs y las 9hs, cosa que pone en riesgo la venta. No fueron pocas las ocasiones que participando del armado del puesto y de la venta de los productos en la Feria los visitantes del día se acercaban a mí y a los otros integrantes del Movimiento a comprar productos o consultar precios antes de que el puesto siquiera estuviese armado.

La Feria agroecológica tiene lugar desde noviembre de 2013 en Ciudad Universitaria, en “el bosquecito”, frente a la Escuela de Ciencias de la Información. Esto implicó la gestión de un convenio con la Universidad Nacional de Córdoba para que la Escuela permanezca abierta los fines de semana, de manera que feriantes y visitantes puedan utilizar las instalaciones sanitarias. Actualmente, la feria se realiza todos los sábados, aunque cuando inicié mi trabajo de campo se hacía sábado de por medio. Durante mis primeras visitas a la feria se discutió en asamblea ordinaria con un representante por cada uno de los puestos si existía la capacidad productiva y logística de realizar la feria todos los sábados. Esto fue importante ya que los clientes o visitantes tendían a desalentarse al confundirse de fin de semana.

La coordinación de la Feria excede al Movimiento, ya que participan otras agrupaciones y pequeños productores tanto del Cinturón Verde de Córdoba como de Traslasierra. Esto me impidió tener acceso a datos tan precisos como los que pude obtener del Movimiento. La cantidad de puestos suele rondar los 15 o 20, si bien no siempre están todos.

Las actividades que se realizan en la Feria Agroecológica exceden de sobremanera el mero intercambio comercial. Siempre hay artistas invitados, música, micrófono abierto a todos los feriantes, danza, clases de yoga a la gorra, cuentacuentos. Cualquier persona que se acerque a pedirla cordialmente puede disponer de la pava eléctrica, y muchas personas utilizan las instalaciones de la ECI y la ocasión de la feria para hacer “picnics” con los mismos productos que compran allí.

Un criterio excluyente que, sin discusión, cancela la posibilidad de postularse como puestero frente a la asamblea de la Feria es la reventa de productos o el hecho de que la cadena de producción de los alimentos involucre algún agroquímico. Necesariamente la forma de producción debe ser sustentable para con el entorno. Se prioriza en este proceso de aceptación a aquellos puesteros que utilizan para la elaboración de su mercadería productos de la propia feria, por ejemplo en el caso de los productos panificados se utiliza la harina comercializada por el MAUC.

Una cuestión que vale la pena destacar es que no se hace competencia de precios. Los puestos se especializan en distintas cosas, que van desde la venta de pan, yerba, miel o “huevos de gallina feliz”⁶, incluso cosméticos o pistilos de azafrán cosechados manualmente. Si existía solapamiento de mercadería entre dos puestos, generalmente el precio que se establecía era el que beneficiaba a las personas en una situación económica más delicada, por ejemplo, el MAUC comercializa dos tipos de miel: la miel Xanaes y la miel de APENOC. En otro puesto, una persona vendía su propia miel. Esta persona debía venderla a un determinado valor para que su producción fuera rentable, por lo cual se acordó que las mieles comercializadas por el MAUC no se venderían a precio inferior al que ella necesitaba.

La Feria suele concluir alrededor de las 13hs, incluyendo la realización de una asamblea y la limpieza del sector. Al finalizar la jornada todo puesto colabora con “algo” para los

⁶ En el ambiente agroecológico se consideran como “gallinas felices” a aquellas que, al contrario de las que participan de los corrales avícolas, cuentan con la posibilidad de moverse en un predio cercado en lugar de estar encerradas en condiciones de hacinamiento en pequeñas jaulas en gallineros industriales. (Barruti, 2013)

artistas invitados del día, casi nunca dinero, de manera que se arman canastos con distintos productos. Además, todo puesto paga 20 pesos para un fondo común destinado a los gastos de la feria.

El puesto.

El puesto del Movimiento en la Feria consiste en dos stands y una mesita utilizada casi en su totalidad para cortar los zapallos en porciones que sean convenientes al comprador. El puesto suele estar rebosante de productos, sinceramente es agradable verlo porque no sólo trae productos del campo del Movimiento, sino que incluye otros como los de “Monte Sano”, los de APENOC (cajas de té, tomate triturado envasado, mieles), las mieles de Xanaes, las mandarinas de Quilino -que fueron muy demandadas-, plantas aromáticas y algunas decorativas, o los productos hechos por ellos (lombricompost, dulces, jaleas y harinas). Es decir, que lo que el Movimiento comercializa en la Feria no se reduce a lo producido en el campo y tal vez su puesto sea el que más variedad de productos tiene entre los que participan de la Feria.

Entendí muchas cosas cuando comencé a vender en el puesto. Flor y Matías son dos de los fundadores del movimiento. Durante un par de meses ellos estuvieron todos los fines de semana en el puesto. En ese momento les convenía llevar adelante las ventas dado que la actividad es, junto con el trabajo en el campo, un puesto rentado, que normalmente se va rotando entre los integrantes del Movimiento.

Fue una muy buena oportunidad para colaborar y aprender de ellos. Creo que una de las frases más comunes que me habitaron fue: “¿cómo puedo dar una mano?”. Al principio con un poco de incomodidad y cierto carácter impráctico, me limitaba a cebar mate, hacer la caja, en definitiva tratar de ayudar cuando pudiera ser más útil, pero la actividad fundamental en el puesto es vender, con lo cual no estaba siendo el mío un gran aporte. Cuando le dije esto a Flor la respuesta de ella fue muy fiel a los ideales del movimiento: “vas a aprender haciendo”. Una de las maneras para comenzar a participar de la venta fue atender a clientes habituales, que más o menos sabía qué venían a buscar. Podía recibir a estas personas con cierta seguridad,

sabiendo cómo iba a transcurrir la charla (“qué rica la miel de la semana pasada”, “la lechuga hoy está más fresca”, “qué concurrida la Feria”), mientras que otros visitantes menos habituales del puesto eran más difíciles de atender: ellos están cargados de dudas y entusiasmo, por lo que es necesario manejar una serie de conocimientos y poseer cierta autoridad de palabra para hablar sobre el Movimiento y compartir ideas de forma más exhaustiva.

Con estas personas los integrantes del movimiento hacían un esfuerzo claro y sincero no sólo por vender, sino por explicar qué hacen allí el puesto y la Feria en general. Cuando alguien señala un cajón de papas del aire (alimento que no participa de la mesa argentina cotidianamente) preguntando qué es, cómo se cocina, etc., primero se desplegaba un diálogo centrado en compartir experiencias culinarias y sensoriales (esto sabe así, tiene este olor, esta textura, se cocina de tal manera) y detrás de eso se desplegaba la lógica de la soberanía alimentaria, explicando que era un alimento, que podía ser producido en cualquier maceta, que daba flores y frutos en varios momentos del año, que proporcionaba autonomía a quien la cultiva. Podía

también llegar a surgir una crítica abierta al sistema agroindustrial, que generalmente encontraba resonancia en el interlocutor (que por algo pasea por allí).

En relación con esto, es posible destacar el papel de algunos productos que son útiles para describir las relaciones entre personas, alimentos y saberes que circulan en el puesto de la Feria.

La miel.

La miel Xanaes es un pequeño emprendimiento que poseen Leticia y Pablo. La de APENOC ingresa al movimiento por la red de Comercio Justo. La primera proviene del noreste cordobés, mientras que la de APENOC proviene del noroeste, diferenciándose las mieles según el ambiente en que son producidas, monte o sierra. Se comercializan en unidades de kilo, medio kilo y cuarto de kilo (comúnmente llamada “osito”).

Las mieles fueron lo más difícil de vender para mí. Generalmente cuando alguien venía a pedir miel llamaba a alguno de los integrantes del movimiento. Por algún motivo, la gente tiene muchas ganas de hablar de la miel,

es tema de conversación y siempre despierta preguntas acerca de su textura, granulosidad, origen, empaque, color. Las mieles varían mucho según los criterios que se apliquen en el proceso productivo y la cantidad de productores que participan de la elaboración, lo cual es especialmente notable en el caso de APENOC, cuyas mieles involucran a muchos productores distintos y por ende sus características varían más ampliamente que en el caso de la miel Xanaes, producida en un pequeño emprendimiento con criterios más constantes y colmenares ubicados en un área mucho más restringida.

La curiosidad que despierta la miel, creo, tiene que ver con sus particularidades. En primer lugar, es un producto envasado, pero sin abrirlo uno puede apreciar algunas de sus características, por ejemplo, la densidad, si se separa en cristales (lo cual suele ser valorado negativamente) o qué tan turbia es. Sin embargo, la característica más importante, el sabor, no puede ser juzgada hasta que se prueba. Para resolver esta curiosidad y atraer clientes siempre hay una miel abierta de cada organización: se compra pan en la misma feria y se ofrece un bocado de pan

con miel y mate a los visitantes del puesto, lo que suele ser infalible en términos de mercadeo. También se hace lo mismo con los dulces caseros. En torno a esta actividad de degustación de lo que se habla es de las plantas. En la conversación, las preguntas no versan sobre las abejas, el proceso de obtención de la miel, el envasado o el traslado: de lo que se habla es del origen de la miel, de la flora de monte o de sierra, de las particularidades de las plantas o el ambiente a partir del cual fue producida. En la conversación, el salto de la miel a la Ley de Bosques es mínimo. Suelen ser temas estrechamente ligados.

En una ocasión una señora trajo el envase que había comprado quejándose del sabor de la miel. Todos la probamos, efectivamente tenía un fondo de boca amargo, pero no había nada mal con ella. Se le ofreció a la señora otro envase a cambio y aceptó. Los miembros del MAUC consultaron con Pablo, apicultor con años de experiencia, y su conclusión fue que era simplemente “miel de monte”. Esto disparó la discusión acerca del sabor de los alimentos que habitualmente consumimos, su estandarización y la pérdida de conocimiento de la riqueza y variedad de

sabores que pueden contener los alimentos producidos de modo diferente.⁷

La persona que se acercó a preguntar por esta miel lo hizo en muy buenos términos, y esa situación fue significada de modo positivo por el Movimiento, dado que uno de sus objetivos es conseguir que el consumidor esté involucrado en la cadena de producción y preocupado por lo que come. Si la soberanía alimentaria va a comenzar por algún lado, debe comenzar por el conocimiento de lo que se consume (y luego por producir lo que se consume).

Es importante destacar que si bien las relaciones en la feria son transacciones mediadas por el dinero, una de las consignas más recurrentes que pueden llegar a escucharse de los puesteros es “compartir conocimiento”. Uno de los objetivos de la feria es promover tanto el consumo consciente como la idea de que es posible producir en los hogares y esto hace una diferencia sin importar la escala en

⁷ Para más información sobre las actividades de la industria alimentaria en relación a los sabores de los alimentos invito al lector a acercarse al siguiente texto: “*A chemical genetic roadmap to improved tomato flavor*” (Tieman et al: 2017)

que se cultive, que cualquier balcón es suficiente para generar alimento sano. Algo que no es comercializable, que se da de muy buena gana, es esta actividad de compartir y hacer circular conocimiento, de dialogar con cualquier persona interesada en multiplicar fuerzas en este sentido.

Las papas del aire.

Un ejemplo concreto de esto son las papas del aire, una cucurbitácea originaria de Centroamérica comercializado en el puesto del Movimiento. Las plantas están ubicadas en el patio de una de las integrantes del Movimiento. El fruto es extraño y desconocido por la mayoría de las personas que visitan el puesto, incluyéndome: tiene forma de pimienta, pero el color y la consistencia de una pera, y su sabor es extraño. La dificultad para describirlo no es inocente, de hecho, es uno de los elementos más llamativos del puesto. La pregunta “¿qué es eso?” es uno de los disparadores de venta más comunes. Este fruto era comercializado por unidad, generalmente se vendían tres unidades a 10 pesos. En algunas ocasiones era fácil distinguir cómo la semilla en el interior empezaba a brotar porque el fruto comenzaba a abrirse. No por ello eran

descartados de la venta, al contrario, esta situación habilitaba otro tipo de diálogo en el que se recomendaba al comprador que plantara la semilla y se le ofrecía consejos no solo de cocción, sino también acerca de cómo cultivarla y que elementos e insumos podían ser necesarios para ello. Estos encuentros surtían efecto: una vez una persona vino con una maceta pequeña donde había plantado una de las semillas, para pedir consejo acerca de cómo cuidar la planta. Esta forma de dialogar no es exclusiva de ese producto, sino que se va dando con diferentes personas en torno a distintos productos, procurando estimular su interés. Se resaltan siempre las propiedades de los alimentos y su origen, especialmente si no son productos de Movimiento, como por ejemplo los de APENOC (miel, té, salsa de tomate).

La actividad de “compartir conocimiento” involucra tanto brindar información sobre la forma de consumir este producto poco común como hablar acerca de los modos de producirla y de las características de la planta. Estas dos actividades pertenecen a categorías distintas: empoderar al consumidor en tanto consumidor, y por otra parte procurar

la multiplicación de voluntades en la lucha por el territorio, por la producción del alimento. Estas actividades son particularmente intensas en el caso del Movimiento en relación con otros puestos, porque es en su caso que hay una intención explícita de multiplicación, de sumar voluntades, personas interesadas en hacer lo mismo que ellos. Tal vez por ese motivo el puesto del Movimiento ofrece tanta variedad de productos. El doble carácter del Movimiento como organización militante además de como organización de productores torna lo que en otros casos sería un encuentro meramente comercial en una oportunidad de difundir una causa.

Soberanía alimentaria y territorio.

Soberanía alimentaria y territorio son dos conceptos fundamentales que dan sentido a las prácticas del MAUC. La propuesta y práctica de la producción dentro del paradigma agroecológico no implica solamente acercar al consumidor alimentos más sanos, sino con hacerlo participe de la decisión sobre qué se produce, cómo se produce, qué se consume y cómo llega al consumidor ese alimento.

Internacionalmente la soberanía alimentaria está definida de modo consensuado a partir de la Cumbre Alimentaria Mundial de 1996, donde el concepto fue presentado y llevado a debate por Vía Campesina. Esta propuesta se focaliza en denunciar los efectos de la exportación internacional a bajos costos sobre las producciones locales y regionales, así como en proponer un concepto de soberanía diferente del de seguridad alimentaria de la FAO, que apunta a garantizar la disponibilidad de alimentos. Por contraste, la soberanía alimentaria tiene como eje los Estados y regiones productivas y la capacidad de generar alimento para los pueblos de forma autárquica y sustentable.

La soberanía alimentaria puede considerarse la finalidad última del MAUC. La venta de alimentos sanos, el fomento del mercado local, la producción agroecológica, las prácticas que pongan en valor saberes tradicionales relativos a la alimentación y la producción son concebidas como maneras de llevar delante de forma concreta esta causa.

Un concepto íntimamente relacionado con la soberanía alimentaria en la propuesta del Movimiento es el de territorio. El territorio puede ser definido a partir de esta propuesta como un conjunto de prácticas, saberes y relaciones “encarnados” en un lugar, que lo definen y que son de algún modo pertinentes al entorno que los produjo. El territorio en este sentido está vivo, no es alienable ni se reduce exclusivamente al suelo. En palabras del Movimiento:

“Cuidando las semillas.

Sean técnicas de cacería, métodos de siembra, limpieza, recolección, pesca, hilado, alfarería, cocción, herrería, costura, selección de semillas o su cuidado ancestral, los saberes son cosas. Son tramados muy complejos de relaciones, muchas de ellas ancestrales y se entreveran con la comunidad, el colectivo, la región, las circunstancias, la experiencia de donde surgen y donde se les celebra como parte de un todo que pulsa porque está vivo.

Pueden asumir formas muy abstractas como cosechar agua, equilibrar torrentes, convocar lluvias, recuperar manantiales, curar los suelos, desviar los vientos, curar nostalgias, pérdidas malos sueños, dar a luz o restañar

heridas, pero no podemos cosificarlos, son un proceso vivo en condiciones particulares.

A ese todo, los pueblos indígenas del mundo le llaman territorio: ahí es donde los saberes se encarnan, crecen y se reproducen mediante la crianza mutua, porque son pertinentes al entorno social, natural y sagrado que lo creó y sigue creando...

...cuidando las semillas.”

Este texto se puede encontrar en uno de los folletos del Movimiento que recogí en el nodo de Barrio Las Flores, al sur de la Ciudad de Córdoba mientras compraba harina producida por ellos mismos. Al hablar de territorio en este Trabajo Final me estoy refiriendo a este concepto “nativo”.

La construcción de los conceptos mencionados, especialmente el de soberanía alimentaria, y el posicionamiento del MAUC en relación con sus propias ideas y prácticas, así como al contexto general en el que éstas se sitúan, tienen que ver con un conjunto de saberes y análisis que circulan también en el ámbito académico, algunos de los cuales reseñaré a continuación. El objetivo del siguiente capítulo es construir un conjunto de

referencias comunes con el lector, así como de dar cuenta del marco en el que se ubican las ideas del Movimiento.

CAPÍTULO DOS

El presente capítulo busca dar cuenta de un amplio conjunto de conceptos y desarrollos que permiten entretener el ámbito de la agroecología con lo que más adelante será descrito como el modelo del agronegocio practicado en Argentina en la actualidad (Gras y Hernández, 2013). Además, se pretende dar cuenta de la trayectoria de los estudios rurales en Argentina en tanto antecedentes de investigación, con la particularidad de que estos permiten – también- explicitar un marco de referencias propio de los integrantes del Movimiento.

El recorrido tiene la intención de brindar al lector un pequeño pantallazo de la situación internacional en torno a la problemática de la alimentación, instancia en la que exploraremos los conceptos de soberanía y seguridad alimentaria ya que ambos son conceptos arraigados profundamente en la lógica que sustenta las actividades del Movimiento. Luego de esto se busca brindar un contexto histórico y regional de la agricultura argentina en la que se tendrá en cuenta los principales hitos de las últimas décadas. La última parte de este capítulo dará cuenta de la

particular situación de la ciudad de Córdoba al momento en el que el Movimiento de Agricultores Urbanos Comienza a gestarse en tanto colectivo organizado.

Soberanía Alimentaria y Seguridad Alimentaria.

El concepto de soberanía alimentaria fue desarrollado por La Vía Campesina en abril de 1996. Es definido como “el derecho de cada pueblo y de todos los pueblos definir sus propias políticas y estrategias de producción, distribución y consumo de alimentos, a fin de garantizar una alimentación cultural y nutricionalmente apropiada y suficiente para toda la población” (Vía Campesina, 1996). Posteriormente el concepto fue expandido y precisado en la Declaración de Nyéléni, realizada en el Foro para la Soberanía Alimentaria llevado a cabo en Malí durante febrero del 2007. Este encuentro abogó por que la soberanía alimentaria fuese comprendida como “un derecho humano básico, reconocido y respetado por las comunidades, los pueblos, los estados y las instituciones internacionales” (Declaración De Nyéléni, 2007: 2). En esta ocasión además de tener en cuenta las estrategias de producción, distribución y consumo de alimentos cultural y nutricionalmente

apropiados, la declaración considera necesario remarcar el hecho de que estos alimentos deben ser accesibles a la población a la vez que se establece la necesidad y demanda de que éstos sean producidos de forma sostenible y ecológica. La declaración insiste en la urgencia de que los sistemas productivos hagan foco en “aquellos que producen, distribuyen y consumen alimentos en el corazón de los sistemas y políticas alimentarias, por encima de las exigencias de los mercados y de las empresas” (Declaración De Nyéléni, 2007: 1), a la vez que reconoce la disponibilidad, capacidad y voluntad de campesinos, trabajadores rurales y movimientos ecologistas para alimentar a los pueblos del mundo. En esta ocasión se sostiene también que dentro de un paradigma agroalimentario que se sustente en los principios de la soberanía alimentaria se garantiza el derecho de acceso y gestión de la tierra, semillas y biodiversidad para aquellos que produzcan alimentos con el objetivo de la conservación y restauración de entornos y territorios que hayan sufrido procesos de sobre explotación.

El concepto de soberanía alimentaria se desarrolló como una alternativa frente al concepto de “seguridad alimentaria” propio de la propuesta agrícola impulsada por la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO, por sus siglas en inglés, *Food and Agriculture Organization of the United Nations*). Este concepto crece, se extiende y precisa durante las décadas de los ‘70, cristalizándose durante la Cumbre Mundial sobre la Alimentación, celebrada el mes de noviembre de 1996. En esta ocasión, bajo la premisa de enfrentar la crisis que continúa azotando a una gran cantidad de países del mundo en forma de escasez alimentaria y problemas de distribución de alimentos inocuos y de calidad nutricional, se emite la llamada Declaración de Roma Sobre la Seguridad Alimentaria Mundial. Es interesante traer a colación que la Declaración considera que el comercio es uno de los elementos fundamentales para alcanzar la seguridad alimentaria. Los firmantes de la Declaración aseguran orientar sus esfuerzos a:

“...asegurar que las políticas de comercio alimentario y agrícola y de comercio en general contribuyan a

fomentar la seguridad alimentaria para todos a través de un sistema de comercio mundial leal y orientado al mercado...” (Declaración de Roma sobre la Seguridad Alimentaria Mundial, 1996).

Frente a esto la Vía Campesina sostiene que la crisis alimentaria que el mundo enfrenta no es producto ni reflejo de una incapacidad productiva, sino que se relaciona con factores de especulación alimentaria, acaparamiento de medios de producción y alimentos, prácticas llevadas a cabo por grandes empresas transnacionales de la alimentación que se sustentan en el modelo de producción de monocultivos a escalas corporativas (Vía Campesina, 2011), en la actualidad denominado agronegocio. Según Barruti (2013: 363) uno de los aspectos centrales del concepto de Soberanía Alimentaria versa sobre la demanda de que se reconozca a cada pueblo la capacidad de delimitar sus propias políticas agrarias y alimentarias de acuerdo con sus necesidades, culturas y situaciones particulares.

Los integrantes del Movimiento adhieren a estos planteos y “se alinean con otros movimientos sociales que también critican el actual modo de producción y lo sitúan como un

conflicto de intereses y de decisiones que condicionan el entramado cultural de las poblaciones a nivel mundial” (Giorgio y Lewit, 2015: 72). En este sentido la producción de alimento que contemple los principios claves del paradigma agroecológico es el medio en que los integrantes del movimiento deciden abordar la lucha por la soberanía alimentaria en la Ciudad de Córdoba.

La agroecología.

Los pilares del paradigma de producción agroecológica han tenido múltiples abordajes. Altieri y Toledo (2010) ofrecen una aproximación sumamente detallada para dar cuenta del concepto y los procesos por los cuales éste se ha formado. Los autores insisten en que los sistemas de producción basados en los principios agroecológicos se caracterizan por ser “biodiversos, resilientes, eficientes energéticamente, socialmente justos y constituyen la base de una estrategia energética y productiva fuertemente vinculada a la soberanía alimentaria” (id: 165) a la vez que buscan abandonar el uso de combustibles fósiles, el consumo de insumos basados en la industria agroquímica y reducir los costes energéticos de producción.

En el paradigma agroecológico se orienta la producción hacia una situación que maximice las interacciones biológicas entre los cultivos de forma que, por un lado, se proteja el equilibrio del suelo, considerando a este como un complejo compuesto de relaciones entre procesos químicos y biológicos en los que interactúan minerales, microorganismos, algas, hongos, bacterias y restos orgánicos; y por otro, se estimule la productividad de los cultivos a la vez que estos se vean protegidos de insectos, hongos y otras enfermedades sin la necesidad de utilizar agroquímicos. Esto se consigue mediante varias prácticas, entre las que se destacan: la optimización de un reciclaje de la biomasa, orientando este proceso a mantener el balance de flujo de nutrientes, manteniendo en buenas condiciones las actividades bióticas del suelo; la diversificación de las especies de plantas que son cultivadas, buscando optimizar las interacciones entre especies en beneficio de la productividad del espacio utilizado y como método para favorecer la diversidad y la complejidad genética que participa en los sistemas agrícolas aumentando así la resiliencia y plasticidad de los cultivos; y el adecuamiento

del manejo de los cultivos al microclima local, incrementando las coberturas para favorecer la recogida de agua tratando de minimizar las pérdidas de energía solar, eólica.

El agro argentino y los Organismos Modificados Genéticamente.

Existen varios hitos históricos que han sido considerados fundamentales para abordar la situación agrícola argentina actual. Algunos autores se remiten a las políticas económicas llevadas a cabo durante la última dictadura militar en Argentina y a la intervención del INTA que, bajo el comando del interventor Dr. David M. Arias desde el 22 abril del 76 hasta el 19 de noviembre de 1980, introdujo un replanteo en los esquemas productivos que favorecía la explotación cerealera, incrementando la “polarización social en el medio rural y la expulsión de productores poco capitalizados y trabajadores rurales” (Gárgano: 2015, 155). Estas políticas se orientaron a inscribir a la institución -y a la agricultura argentina- en una “lógica mercantil y en la reconfiguración de un espacio rural.”

Otros autores consideran a la década de los 90, bajo la presidencia de Carlos Menem, y con la conducción de Domingo Cavallo frente al Ministerio de Economía, como una época que se caracteriza por la apertura y liberación de los mercados argentinos, en particular del sector agrario. Esta tendencia se vio plasmada en la disolución de la Junta General de Granos en octubre de 1991 a partir del decreto 2284/91, conocido como el decreto de “Desregulación del Comercio Interior de Bienes y Servicios y del Comercio Exterior” que con el argumento de “que las limitaciones a la capacidad competitiva de productos de exportación, impuestas por la Ley N° 22.802, constituyen una barrera autoimpuesta al crecimiento de ciertas exportaciones nacionales” decidió “suprimir tales restricciones a los productos nacionales de exportación” por lo que liberó de toda restricción la exportación al por mayor de productos alimenticios perecederos. Este decreto también otorgó a la Secretaría de Agricultura Ganadería y Pesca competencias frente a la conservación de los suelos, la política fitosanitaria, el fomento forestal y las funciones de

regulación de comercio interior y exterior de granos. (Tetamanti, 2005).

Un punto de inflexión que marca de manera decisiva el desarrollo del agro argentino data de marzo de 1996. En esta fecha el entonces Secretario de Agricultura Pesca y Alimentación, el Ingeniero Felipe Solá, avala por medio de la Resolución 167/96 la circulación y comercialización de la soja transgénica en territorio argentino:

“Autorízase la producción y comercialización de la semilla y de los productos y subproductos derivados de esta, provenientes de la soja tolerante al herbicida glifosato de la línea 40-3-2 que contiene el gene CP4 EPSPS.”

Esta acción, sin lugar a duda, definió al agro argentino desde entonces. Cinco años después la soja es comprendida como la piedra angular a partir de la cual resucitar la imagen tan instalada en la segunda mitad del siglo XX que posicionaba a Argentina como una potencia exportadora de granos a nivel mundial y revitaliza una economía en decadencia. Los procesos de globalización del mercado capitalista, la introducción de nuevas tecnologías de información y la

desregulación del mercado argentino definieron en el sector agrícola la tendencia agroexportadora. (Gras y Hernández, 2009: 16).

Es interesante destacar que la inserción las semillas transgénicas se dio simultáneamente en muchos países, en particular con la “Soja Roundup Ready”: Argentina, Brasil, Honduras, México y Paraguay se destacan en América Latina como productores. A nivel regional el Mercosur puede ser considerado como una plataforma mundial de cultivos extensivos de producción de semillas orientadas a la alimentación de animales y a la producción de biodiesel, superando los 116 millones de toneladas anuales y más de 42 millones de hectáreas en el año 2007 (Gras y Hernández, 2013: 27).

Existen dos cuestiones a destacar al momento de explicar las transformaciones del agro internacional en la última década del siglo XX y principios del XXI. Por una parte, el esquema propuesto por la FAO dentro del paradigma de seguridad alimentaria apostó a la producción extensiva de granos y su comercialización eficaz, con la intención de

saturar el mercado y provocar una baja de precios que aumentara la disponibilidad de alimento para consumo humano en poblaciones en situación riesgosa. Sin embargo, esto último no sucede: la baja de precio del grano hizo más rentable su compra para engorde de animales dentro del sistema de *feed lot*, que permite una comercialización de productos con mayor valor agregado y opera dentro de un mercado con una demanda mayor y más estable (países desarrollados). Por otra parte, el despunte de la tecnología de los biocombustibles, que busca anticiparse a la posible escasez de combustibles fósiles en el mundo, lleva a un alza en la demanda de grano (sobre todo a futuro) a nivel internacional, aumentando las ganancias de las ventas.

La introducción del paquete de biotecnológico “Soja Roundup Ready – Glifosato – Siembra Directa” en Argentina fue efectiva y rotunda por varios motivos: por un lado, las semilleras argentinas ofrecieron modos de financiación que solo debían ser pagados al momento de cosechar la siembra por lo que la población con posibilidades de acceder al paquete fue más amplia de lo que hubiera sido en caso de requerirse un pago al momento de la adquisición del

paquete. Además de esto, las semilleras desarrollaron una política comercial agresiva -denominada “club/red”- que consistía en la cooptación de líderes zonales que centralizaban la organización de grupos de debate, congresos, y eventos sociales dirigidos a posibles interesados en la aplicación del paquete biotecnológico. Otro pilar sobre el cual se basa la competitividad del paquete en el agro argentino es la habitual práctica de compra/venta de semillas en circuitos informales, en particular de la soja no fiscalizada en el mercado negro (Gras y Hernández, 2009: 20).

El modelo de siembra directa permitió la simplificación de las actividades en torno a la siembra: en un solo recorrido se realiza el equivalente a las actividades de arar, pasar el disco a la tierra, sembrar y aplicar agroquímicos (herbicidas, fertilizantes, fungicidas). Este método implicó la pérdida de puestos de trabajo y su disminución relativa, dado que los contratos pasaron de hacerse por dos meses a hacerse por diez días. En consecuencia, incluso los obreros que no fueron despedidos se vieron obligados a abandonar la actividad, dado que ésta no proporcionaba ingresos

suficientes: la reducción de la necesidad de mano de obra conllevó un desequilibrio entre la oferta y la demanda de puestos de trabajo que tuvo como resultado la caída de los costos laborales, cuyo impacto en la pérdida de participación obrera en la distribución de la riqueza sería de 17 millones de pesos anuales. Sólo un pequeño grupo de trabajadores especializados mantuvo sus puestos de trabajo (Villulla 2015).

El acaparamiento de las tierras.

Este fenómeno, denominado acaparamiento de la tierra -o *land grabbing*, en la bibliografía anglosajona- es ampliamente estudiado. El Instituto de Investigación y Desarrollo Tecnológico para la Pequeña Agricultura Familiar, Regional NOA, destaca que en Argentina entre los años 1988 y 2002, se evidenció una reducción de las explotaciones agropecuarias en un 25%. En este proceso fueron los pequeños productores los sectores más afectados, los autores detallan que “un 77 % del total de las explotaciones agropecuarias que no pudieron permanecer en el ámbito de la producción rural (1988/2002) tenían menos de 100 Has.” (Mioni et al, 2013: 42). A la vez que se

produce un aumento del 30% del tamaño promedio de las propiedades en las provincias de Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe. Este fenómeno se sintetiza en el concepto “una agricultura sin agricultores” que da cuenta de los procesos de acaparamiento a nivel mundial. La FAO (Murmis y Murmis, 2012) consideran que se puede definir al acaparamiento de tierras como la presencia de transacciones de tierras a gran escala -consideran que el umbral debe ser puesto a las 10.000htas- en las que posiblemente exista participación de gobiernos tanto como compradores o vendedores; estas tierras generalmente son destinadas a la producción de alimentos básicos, aunque la producción puede ser orientada también para biocombustibles.

En un contexto en el que los precios de los granos se dispararon a nivel internacional a la vez que los mecanismos de siembra directa disminuyeron los precios de producción tanto en mano de obra como en gasto de combustible y junto con la crisis económica nacional del 2001 los grandes productores del campo argentino debieron abandonar cultivos tradicionales y volcarse mayoritariamente al cultivo

de la soja. Quienes tuvieron la posibilidad y voluntad de afrontar una reconversión productiva llevaron adelante una serie de acciones que Gras y Hernández (2013) denominaron “modelo de agronegocio” que se caracteriza por la “transnacionalización” de las estructuras agrarias. Algunas de las características más destacables de esta reconversión fueron: la primacía de los precios de la bolsa de granos de Chicago por sobre la de Rosario, referente nacional de la exportación hasta ese momento; el ingreso de capitales desvinculados del territorio bajo la forma de pools de siembra; la creación de nuevos sectores altamente especializados vinculados a la producción (fumigadores, arrendadores de maquinaria, técnicos mecánicos, acopiadores, transportistas, etc.) y la concentración de la gestión de estos servicios en pocas manos. En estos procesos las tecnologías de la comunicación cumplieron un rol fundamental, pues permitieron establecer los precios y los destinatarios de las ventas a nivel global: los consumidores globales de referencia pasaron a ser empresas, no personas y ni siquiera naciones. Es este mercado el que se prioriza y a él se orienta la oferta.

La rápida expansión agrícola en el territorio extrapampeano se basa en una nueva forma de administración y gestión de los sistemas productivos que dista mucho de los viejos proyectos latifundistas. En este modelo se intensificó de manera desmesurada una característica ya presente en el modelo agroindustrial argentino: la eliminación de la propiedad de la tierra como eje de organización de los sistemas de producción extensiva. Las prácticas de arrendamiento de tierras ofrecieron fluidez a las inversiones de capital dado que esas relaciones contractuales permiten a quienes cultivan no lidiar con la disminución de la calidad de los suelos a largo plazo. Además, esto otorga mayor versatilidad a los pools de siembra: el arrendamiento no se refiere solamente a la tierra sino que también involucra la tercerización de mano de obra y maquinaria, servicios de cosecha, acopio, aplicación de agroquímicos, relevamiento del estado de las plantaciones y transporte del grano o las semillas. No existe ninguna relación presencial necesaria entre quienes administran y gestionan los campos, o entre quienes los cultivan, y el campo en sí. Ninguno de estos actores

depende del cultivo específico de un grano, sino que las elecciones sobre qué cultivar son tomadas en función de los precios y demandas internacionales. El sistema de arrendamientos en comparación con la propiedad de tierras y maquinarias es mucho más flexible y veloz para responder a estas demandas, las cuales no suponen un mercado productivo diversificado.

Una cuestión asociada que cobra gran relevancia en este trabajo es el proceso de estandarización genética de las semillas sembradas: hay ciertas especies que son demandadas y que sustentan un mercado que ofrece ganancias atractivas. Por ende, la intención es cultivarlas en tantas tierras como sea posible, priorizando a aquellas regiones que se caracterizan por su alto rendimiento. Cuando estas tierras son saturadas, se expande esa producción a nuevas tierras cuyas condiciones ambientales no son óptimas para esos cultivos. El resultado es la depredación de diversos ecosistemas previamente existentes y su estandarización bajo sistemas de monocultivo a gran escala. En estas regiones los daños producidos por la inserción del monocultivo a gran escala

son más rápidos, profundos y evidentes que en la región pampeana (Barruti, 2013). Por ejemplo, en la región chaqueña la deforestación y los sistemas agrosilvopastoriles tienen como consecuencia la degradación de los suelos por efecto de la intensa insolación y la erosión eólica de una intensidad muy superior a la de los suelos pampeanos. Una de las consecuencias de la expansión agrícola y la pretensión de estandarización ecosistémica ha sido el aumento del costo de la tierra en territorios previamente ignorados por las industrias inmobiliaria y agrícola. Durante los '90 no fueron poco frecuentes los conflictos territoriales a nivel nacional entre pobladores locales y distintos actores que reclamaban la propiedad de sus tierras.

El avance de la frontera agrícola y la “pampeanización” de territorios que otrora estaban dedicados a cultivos tradicionales en Argentina se ha llegado a considerar vertiginoso en el centro y norte del país. Implica la puesta en producción de tierras con una mínima consideración por los efectos ambientales y sociales. A la vez que supone el desplazamiento y desalojo –en un sentido amplio que

implica y excede a las acepciones legales o jurídicas que este término pueda llegar a tener- de poblaciones rurales, prácticas y conocimientos tradicionales (Mioni et al, 2013), la eliminación de la vegetación propia de un territorio - deforestación- y la amenaza sobre territorios que en otros momentos eran considerados zonas de “reserva forestal”.

En la actualidad los representantes nacionales del modelo empresarial del agronegocio pueden ser identificados. Cinco empresas -Los Grobo Agropecuaria, Cresud, El Tejar, MSU; y Adecoagro- controlan la producción de alrededor de un millón y medio de hectáreas en Argentina, además de otras 250.000 en países limítrofes (Paraguay, Uruguay y Brasil). Estas últimas recién habrían sido incorporadas al modelo a principios de la década del 2000. Estas empresas se orientan a la producción de *commodities*, oferta de servicios de siembra, acopio, comercialización y provisión de insumos, consultoría técnica y financiación (Gras y Hernández, 2013: 222).

Es necesario reconocer que el arrendamiento de tierras fue una costumbre en el sistema de producción agrícola

argentino, pero en el caso de las megaempresas esta forma de control sobre la producción de un territorio se ve exacerbada. En este sentido se debe reconocer que el acaparamiento de tierras no se basa en la propiedad de ellas, si no en la capacidad de decisión por parte un actor externo sobre lo que se va a producir en ellas en el mejor de los casos, mientras que en el peor de ellos la decisión de lo sembrado será definida por los intereses de un mercado internacional que no necesariamente está orientado a la alimentación.

En este punto es necesario hacer un pequeño desvío y presentar el concepto de “commodities” que, si bien no está presente de manera explícita en el discurso de los integrantes del Movimiento, es eje fundamental del sistema productivo del agronegocio instalado en Argentina, al cual ellos se oponen.

El concepto ha sido explorado en los estudios de la economía política, (Fernández et al 2014) definen a los *commodities* como “aquél bien susceptible de ser comercializado que podemos encontrar de forma natural, o

que el hombre puede producir en grandísimas cantidades y entre los cuales existe una diferenciación mínima o inexistente” (id.: 5). Estos bienes suelen ser divididos en tres grandes categorías, a saber: metalúrgicos, energéticos y agrícolas. Los *commodities* agrícolas se dividen en las subcategorías: *soft* (cacao, café, azúcar, pimienta), fibras (algodón, lana, madera, seda), o semillas oleaginosas (judía verde, girasol, soja, colza) y granos (maíz, arroz, trigo, avena). Una de las características más relevantes de los *commodities* agrícolas es que presentan, según los autores, una exposición positiva a eventos adversos a nivel mundial: guerras, heladas, inundaciones, hambrunas crean desequilibrios en la oferta/demanda de estos *commodities*, sobre todo en las subcategorías “granos” y “oleaginosas”, que tienen una sorprendente respuesta a corto plazo en términos de actualización de precios generando grandes ganancias en poco tiempo, al punto que los autores –sin matices ni tapujos- recomiendan la inversión en estos *commodities* basados en que “Es una materia que el mundo necesita para subsistir, por lo tanto, nunca se va a dejar de demandar. En este caso, como las *commodities* son muy

volátiles por factores externos, recomendamos tanto inversión a largo plazo, como a corto plazo aprovechando situaciones como pueden ser inundaciones, falta de stocks, o cualquier evento que pueda causar un fuerte cambio en su precio, tanto al alza como a la baja.” El subrayado es mío, invito al lector a repasar la propuesta y las declaraciones de la FAO con respecto a la seguridad alimentaria.

Estas consideraciones generales acerca del estado de la agricultura argentina permitirán hacer hincapié a continuación en algunas particularidades del modelo de agronegocio en la provincia de Córdoba e introducir las trayectorias de los diversos actores agrícolas presentes en ella, a fines de situar la propuesta del MAUC más específicamente.

[El agro Cordobés desde la Perspectiva Agroecológica.](#)

La provincia de Córdoba ha sido una de las más afectadas en la argentina por el fenómeno de la “pampeanización”, uno de los aspectos de este proceso que más relevancia y repercusión ha tenido es el impacto de los insumos agroquímicos en la salud de la población. Fueron muchas

organizaciones las que denunciaron esto APENOC (Asociación de Productores Noroeste Cordobés), Colectivo Paren de Fumigar, Como Yuyo, Consumo Consiente Serrano, UCATRAS (Unión Campesinos de Trasluciera), UCOS (Unión Campesina del Oeste Serrano), OCUNC (Organización de Campesinos Unidos del Noroeste Cordobés), el Foro Ambiental Córdoba, y el Movimiento de Agricultores Urbanos, entre otros.

Al momento de relatar la historia Cordobesa es imprescindible tener en cuenta la importancia de la lucha de Las Madres de Barrio Ituzaingó que, a lo largo de una década de esfuerzo, sentó precedentes inéditos a nivel nacional. Las Madres de Barrio Ituzaingó durante el año 2002 hicieron la primera denuncia formal y reclamos a las autoridades. Para el año 2007 el barrio había sido declarado en emergencia sanitaria y un informe de la Organización Panamericana de la Salud denunciaba los niveles de toxicidad en los que se habitaba. Un año después, el subsecretario de Salud de Córdoba, Medardo Ávila hizo una denuncia penal que bajo la dirección del fiscal Carlos Matheu derivó en la primera medida cautelar que regiría

sobre el barrio, este proceso culminaría en el primer Juicio a las Fumigaciones del país cuya sentencia sería difundida el martes cuatro de septiembre del 2012, por la Cámara Primera del Crimen de la Ciudad de Córdoba. La sentencia condena a tres años de prisión condicional, no efectiva, al agricultor Francisco Parra y al piloto aeroaplicador Edgardo Pancello, encontrados culpables del delito de contaminación ambiental dolosa (Barruti, 2013: 108)

Paralelo a la pugna de las Madres de Barrio Ituzaingó, y tomando impulso de ellas, el Foro Ambiental Córdoba propuso realizar una investigación que diese cuenta de las condiciones en las que se comercializaban frutas y verduras en la ciudad. Uno de sus objetivos particulares era la búsqueda de residuos de agroquímicos en los alimentos, el foro sospechaba que los periodos de carencia obligatorios entre la aplicación de agroquímicos y la venta de los alimentos no estaban siendo respetados.

En el año 2009 el Foro presento a las autoridades competentes un informe que centraba su mirada en 44 plaguicidas que podrían estar presentes en los alimentos

comercializados en el Mercado de Abasto de la ciudad de Córdoba y de los cuales se sospechaba no se estaban respetando los tiempos de carencia ni los valores máximos permitidos por el SeNaSa.

El informe llegó a las manos del Fiscal Matheu, quien llevó adelante un allanamiento en el Mercado de Abasto, se tomaron 30.000 muestras de alimentos que fueron derivados a los laboratorios de la Facultad de Ingeniería Química de la Universidad Nacional del Litoral. De este conjunto más del 50% de las muestras analizadas resultaron positivas en presencia de clorpirifós y endosulfán. Ambos químicos son insecticidas organofosforados correlacionados con patologías neurológicas y autoinmunes en casos de exposición continua. Su función es atacar el sistema nervioso de la criatura que los consume. Con estos resultados se elevó una denuncia penal caratulada “Envenenamiento doloso de sustancias alimenticias” contra tres productores de la ciudad; contra los directivos del SeNaSa, contra el entonces intendente Daniel Giacomino y contra Nicolás García, el director de Ferias y Mercados municipal por “incumplimiento de los deberes del

funcionario público”. Un año después Matheu repite el proceso, en esta ocasión se revela que los productores no solo se estaban propasando con las cantidades máximas de agroquímicos sino que, además, se utilizaban productos que no estaban permitidos para los alimentos en los que se los hallaron. Matheu volvió a realizar una denuncia en el año 2010 por lo que se realiza un nuevo relevamiento sobre las condiciones de los alimentos en el Mercado de Abasto. Las pruebas estaban orientadas a detectar 48 plaguicidas de los cuales 22 tuvieron un resultado positivo en las muestras tomadas, una muestra particular se caracterizó por tener una cantidad de metamidofós -un plaguicida prohibido en muchos países, en los cuales se considera solo debe ser utilizado para la investigación- diez veces más elevada que lo es permitido para el consumo humano en la Argentina (Barruti, 2013: 231).

El según las noticias del 31 de marzo del año 2010 el intendente Daniel Giacomino, haciéndose presente en el Tribunales II solicitó al fiscal “dejar de joder” e indicó que las tareas del control de los pesticidas era responsabilidad del SeNaSa. Posteriormente Matheu fue apartado de la

causa por “enemistad manifiesta” lo que abrió la posibilidad a la defensa de pedir la nulidad del caso.⁸

Es en este contexto provincial que se sitúa el origen del Movimiento de Agricultores Urbanos. Muchos de los integrantes del Movimiento, como ya mencioné, tuvieron experiencias previas en el ámbito de la agricultura urbana, tanto desde el ámbito universitario -dentro del Movimiento de Base de Agronomía (MBA) y la Catedra Libre de Soberanía Alimentaria (CLAYSA)- como en otros contextos, con particularidades en cada caso, pero siempre articuladas dentro del paradigma de producción agroecológico. Es así como en octubre del 2010 los integrantes del Movimiento, organizados como un colectivo, llevan adelante las huertas urbanas en varias casas particulares en el barrio “Los Artesanos”, al noroeste de la ciudad. Luego de esto el Movimiento intenta efectuar mingas comunitarias en el mismo barrio, sin embargo no tuvieron la misma recepción y continuidad que las primeras. Estos primeros pasos tenían

⁸ Más información disponible en:
<http://www.lavoz.com.ar/content/giacomino-pidio-dejar-de-joder-con-la-causa-de-pesticidas-en-el-mercado-de-abasto>.

la intención de consolidar la participación de la comunidad, aumentar los integrantes de la minga y fomentar la práctica de la autoproducción en las casas de las personas que habitan en el barrio, con una clara intención de alentar los vínculos entre los vecinos, buscando lograr un espacio de construcción comunitaria.

CAPÍTULO TRES

Este capítulo propone un recorrido a lo largo de una serie de ejes temáticos estructurados según los modos en que se dan ciertas asociaciones entre personas, plantas, espacios y otras materialidades. Aunque muchos de estos elementos fueron presentados en el Capítulo 1 de manera descriptiva, el objetivo aquí es realizar una narración interpretativa de qué ocurre con las relaciones entre ellos. Luego de una breve introducción, el capítulo presentará en primer lugar las claves analíticas escogidas en la etnografía referidas a la obra de Bruno Latour: se pretende comprender al MAUC como un conjunto de vínculos reticulados y de colectivos ensamblados, inestables y polisémicos, que se actualizan y transforman a partir de ciertas lógicas, siendo la disputa acerca del "quiénes somos/qué hacemos" tal vez la más central de ellas. Luego de un recorrido por los conceptos de Latour, desarrollaré los puntos centrales de mi trayectoria etnográfica en el MAUC. En estos apartados intentaré recuperar los vínculos practicados y predicados entre personas, plantas y espacios en distintos "momentos" clave que dan existencia al MAUC: el territorio, los alimentos, las

plantas, las semillas, la producción y circulación de alimentos, la feria y los hogares de algunos de los integrantes del Movimiento.

Los humanos y las cosas

Mi primer encuentro con la totalidad de los participantes del movimiento fue en un plenario. Esta es una actividad periódica del Movimiento a la cual ellos otorgan suma importancia, puesto que es en estos días de trabajo cuando sopesan los progresos y las dificultades de diversos proyectos que llevan a cabo y evalúan qué tan eficientes están siendo las relaciones entre las distintas áreas del Movimiento. En esa ocasión en particular la reunión se realizó en la casa de uno de los integrantes del Movimiento en el barrio de Cabana, Ciudad de Unquillo (Córdoba) que contaba con el espacio suficiente para recibir cómodamente a las 16 personas que participarían del plenario durante los dos días en que éste se llevaba a cabo. Durante estos días se había contemplado debatir sobre un conjunto de temas entre los cuales se contaba mi participación en el Movimiento, que era el primer ítem del cronograma de actividades del plenario. En esa ocasión se

me pidió que expusiese a la totalidad de los integrantes las intenciones de mi proyecto de Trabajo Final. Cabe recordar al lector que el proyecto ya había sido evaluado por una de las integrantes del Movimiento. Describí entonces, frente a todos, los objetivos de mi proyecto. La pregunta rondaba la relación planta/humano: ¿Cómo se daba esa relación? ¿Cuáles eran las formas en las que estos seres se encontraban? ¿Qué tipos de espacios y prácticas eran los que rodeaban esa relación? ¿Qué discurso o discursos eran los que participan de una propuesta como la que hacia el MAUC a los productores y consumidores de alimentos cordobeses? Y mucho más fundamental, importante y sencillo: ¿Qué es, o puede llegar a ser, una planta? Esta última pregunta era acompañada por otra, a mí entender inocua, que disparó muchísima intriga: si estamos en condiciones de poner entre signos de pregunta uno de los términos del par planta/humano, ¿por qué no hacerlo con el otro? ¿Qué es, o puede llegar a ser, un humano? Si bien para mí era un paso lógico del planteo, esta segunda pregunta intrigó mucho a los integrantes del Movimiento y las preguntas comenzaron a llover. Entiendo ahora que

para ellos era por demás comprensible que me acercase al grupo con intenciones de cuestionarme sobre las plantas ¿Quiénes con mayores competencias que ellos para hablar de las plantas? Pero en cambio, ¿Qué podían decir de los humanos? Tuve entonces que afrontar una de las más grandes dificultades presentadas durante mi estadía con el grupo: explicarles a los miembros del MAUC las bases teóricas que daban sustento a mi trabajo etnográfico con ellos. Fue una de las primeras ocasiones en las que me vi en necesidad de explicitar a un grupo de personas que no participan del ámbito antropológico desde dónde me posicionaba yo al momento de abordarlos en tanto antropólogo. Huelga aclarar lo siguiente, pero entienda el lector que el motivo por el cual esta era una tarea de dificultades mayúsculas no se relacionaba con las capacidades intelectuales de los integrantes del movimiento, sino con mis escasas aptitudes para transmitir una idea clara, de lo cual ya se habrá dado cuenta.

Uno de los mayores peligros que la Teoría del Actor-Red presenta es que, mal descrita, resulta completamente intuitiva. La frase “los objetos materiales condicionan las

relaciones sociales” podría llegar a interpretarse como una obviedad tendiente al determinismo, y, sin embargo -en un pésimo contexto y con muchas salvedades- podría llegar a formar parte de una descripción de la TAR. En aquel plenario, fue lo primero que pude balbucear para tratar de explicar qué hacía yo allí, y sinceramente es algo que no me atrevería a repetir.

Encontré aún otras dificultades cuando, luego de explicarles a los integrantes del MAUC que uno de mis mayores intereses eran las relaciones que ellos establecían con y a través de las plantas, de sopetón y en un ataque verborrágico confesé que según el autor desde el cual yo planeaba abordarlos, algo así como la sociedad no existía⁹. El aprieto fue mayúsculo, y mis capacidades para salir de él, nulas. Se inició el debate: ¿Cómo la sociedad no existe si yo estudiaba ciencias sociales? ¿Cómo negar que muchas decisiones colectivas e individuales se explican a partir de

⁹ Por supuesto que esto no es precisamente lo que el autor quiere decir: Latour (2008) discute el concepto de “sociedad” en términos de una dimensión autónoma de la existencia humana, regida por fuerzas propias, y capaz de constituir una matriz explicativa de otras dimensiones.

“fuerzas sociales”? Si la sociedad no existía, ¿cuáles eran las bases de las grandes instituciones, que estuvieron y que seguirán estando después de nosotros? Traté, sin mucho éxito, de recurrir a las bases que sustentan la Teoría del Actor-Red, lo que me llevó a empantanarme en las profundidades de la Modernidad, de aquello que Descola denomina La Gran División, de la amodernidad latouriana, de los ejercicios de purificación y traducción. En este capítulo me propongo repetir la experiencia, tal vez de una manera más fructífera.

La Gran División

He dicho ya que este trabajo surge principalmente de una serie de inquietudes generadas en la cátedra de Arqueología y Naturaleza, ámbito en el cual se aborda la problemática antropológica general de cómo distintos grupos humanos, incluyendo a las poblaciones urbanas occidentales, distribuyen propiedades (Descola, 2012: 183)¹⁰ entre los seres de su entorno y ellos mismos,

¹⁰ Otra definición que el autor de los modos de identificación se encuentra en Descola (2012: 177) “*se trata del esquema más general por medio del cual establezco diferencias y semejanzas entre unos existentes y yo mismo, al inferir analogías y contrastes entre la*

construyendo un mundo en el que son posibles ciertas relaciones y no otras. En este sentido, los procesos asociados a la Modernidad produjeron sociedades en las cuales fue posible, pensable y realizable, una relación de dominación con una alteridad pasiva, material, unificada bajo el nombre de Naturaleza. El carácter pasivo y controlable de esta entidad permite que sus componentes sean tratados como “recursos”, tomados y manipulados libremente en función de las voluntades humanas, las únicas agencias existentes dentro de este esquema ontológico dicotómico. Este modo de relación con el resto de los seres de nuestro entorno ha sido denominado “naturalismo” por Descola (2012).

Es esta manera de entender el mundo la que hace posibles las relaciones con las plantas, el suelo o los ecosistemas descritos en el capítulo anterior, en otras palabras, el extractivismo como modo de relación con el entorno no-humano y el capitalismo como sistema. Sin embargo, el mismo Descola ha llamado la atención sobre la capacidad

apariencia, el comportamiento y las propiedades que me adjudico y los que les atribuyo”.

del naturalismo de producir movimientos “heterodoxos”, con potencial para “hacer saltar cerrojos” y cuestionar algunos de los fundamentos de su propia existencia. En este sentido, pretendo discutir las prácticas del MAUC, sus concepciones respecto de las plantas, el territorio, la producción y el alimento, en términos de heterodoxias: sin renunciar a los supuestos fundamentales del modo de identificación naturalista, el Movimiento pone en cuestión algunas de sus consecuencias en nuestro territorio. Cabe aclarar que el carácter “heterodoxo” de sus ideas y prácticas, el grado en que se entremezclan con otras concepciones de mundo, es en muchos casos variable y contextual, se transforma y reconstruye en el marco de las prácticas, adoptando distintos matices. Esta pluralidad de concepciones de mundo y de significados que se ponen en juego en distintos momentos es uno de los aspectos más ricos y difíciles de analizar con los que me he encontrado a lo largo de la experiencia etnográfica.

La idea de centrar la mirada etnográfica en este tipo de prácticas “heterodoxas” respecto del discurso moderno de la Naturaleza, el espacio y los recursos fue acompañada por

una serie de herramientas conceptuales (también trabajadas desde la cátedra de Arqueología y Naturaleza) de las cuales daré cuenta en los siguientes apartados.

Simetría y rastreo.

Es Bruno Latour quien en “Nunca Fuimos Modernos” (1991) nos propone una aproximación a la sociedad occidental que habilita nuevas preguntas. El autor sostiene que vivimos en una constante paradoja, cuyos orígenes pueden rastrearse hasta los cimientos de la Gran División en la cual se ancla la Modernidad. El modelo que constituyó la entidad pasiva de la Naturaleza opuesta al carácter social de los humanos da base y sostiene una segunda división en la que nosotros, como sociedad occidental, nos constituimos Modernos frente a otras culturas. Según la modernidad la existencia de una Naturaleza extra-humana y la asimetría que ella plantea es suficiente para crear una segunda asimetría: la de los occidentales frente a las culturas que supuestamente perciben versiones “deformadas” de la Naturaleza. Pero no debemos olvidar la paradoja de la constitución moderna: ella consiste en nuestra necesidad de compartimentar el

mundo que habitamos al tiempo que tejemos y recorremos innumerables vínculos entre estos compartimientos. En tanto modernos, en un solo movimiento, construimos dos sucesos: en una primera instancia separamos y creamos barreras, límites y dimensiones, práctica que es definida como ejercicio de purificación. En ese mismo acto, aquello que se asumió como línea divisoria entre los segmentos del mundo que separamos se revela como una sutura que se imbrica en ambas partes, las tracciona, reúne, solapa y evidencia lo fútil de la división original. En términos de la TAR esto se denomina traducción y es la base de los vínculos que entretejen las redes de asociaciones. Nos esforzamos por construir ciencias y técnicas que -a través de un juego epistemológico y positivista- aparentan ser independientes y autónomas de otros aspectos de las condiciones sociales de su producción. En un segundo momento -tal vez simultáneamente-, ambas partes se revelan profundamente entrelazadas e imbricadas en todas las dimensiones que nos constituyen como colectivos sociales. La hipótesis de la aproximación latouriana es que el esfuerzo purificador moderno lo único que logra concebir

son mixturas y entidades híbridas profundamente entrelazadas.

Estas entidades se ubican en un lugar central al momento de desentrañar la TAR: los “híbridos” son un concepto relevante a nivel teórico y metodológico para este trabajo. Ellos permiten abordar la ambigüedad natural-cultural de algunos objetos. El hecho de que como investigadores cuestionemos la existencia “real” de compartimentaciones estrictas entre Naturaleza y Cultura, o al menos no las tomemos como punto de partida, no quita que exista una amplia gama de prácticas destinadas a hacer existir esa Gran División, aunque siempre estén acompañadas de otro conjunto paralelo de fenómenos que demuestra su insuficiencia (Latour, 1991). El carácter simultáneamente natural y cultural de la mayor parte de las entidades con las que tenemos contacto cotidiano, y especialmente de los alimentos, supone un problema para un mundo que intenta fundarse sobre la disolución de esa convergencia.

Si fuese necesario buscar características que definan a los seres pasibles de ser abordados como híbridos, podríamos

considerar necesario que estos seres participen de y sean definidos a partir de la Gran División Naturaleza/Cultura, es decir, que sean entidades que se encuentren intersectando la dicotomía objeto/sujeto, tan característica de los Modernos. Por otro lado, es el abordaje desde la TAR lo que aporta un marco de comprensión de discursos y prácticas de la “ciencia” que no se reconocen a sí mismos como “sociales”, cristalizando estas entidades compuestas en el concepto de “híbrido”. Estos seres, que se nos presentan de múltiples formas, suelen estar en el foco de muchas controversias, pero su carácter tiende a ser invisible.

Antes de continuar con mi propuesta debo dejar bien en claro esto: un híbrido no es una entidad o una sustancia específica, en todo caso un híbrido es una condición en la que todo objeto puede caer a partir del modo Moderno de concebir el mundo.

Necesito ahora explorar otro concepto implicado en el momento mismo de plantear la pregunta de investigación de este trabajo: el de “simetría”. Si el objetivo general de esta investigación es analizar las relaciones entre humanos

y plantas, es necesario detenernos a pensar en los supuestos desde los cuales se articulan estas dos categorías, en el sentido que adopta la palabra “relación”, y sobre todo en los presupuestos que podemos tener al respecto.

He dicho ya que nuestro modo de concebir el mundo, el modo generalizado en nuestra sociedad y actualizado en nuestras prácticas cotidianas, impone una Gran División (Descola 2012) y una asimetría *a priori* entre nosotros, los humanos, y ellas, las plantas en tanto partícipes de la naturaleza. Si el intento en este Trabajo Final es desnaturalizar esa asimetría y abrir el juego a otros modos de relación posibles con las plantas, al menos como ejercicio de reflexividad etnográfica, entonces tenemos que pensar en un enfoque que permita “*no imponer una asimetría espuria entre la acción humana intencional y un mundo material de relaciones causales*” (Latour 2008: 113) y que ofrezca alternativas teórico-metodológicas para captar y conceptualizar las posibles relaciones “otras” entre esos elementos. Entonces, ejercer la simetría es otorgar a todos los elementos que participan de la red de relaciones

igual importancia en la constitución de la red misma. De ahora en adelante la capacidad de consolidar los vínculos que sostienen a un colectivo no es exclusiva de los humanos en tanto agentes sociales, sino que se extiende a todos los elementos que participan de la red de relaciones. Desde esta perspectiva plantas, alimentos, territorio y las personas que aportan su mano de obra para lograr la soberanía alimentaria se intersectan con la misma importancia al momento de constituir una red. Al mismo tiempo las plantas junto a otras entidades abandonan y superan su condición de recurso natural y se extienden hacia nuevas esferas.

Existe un segundo supuesto que se desprende de introducir esta equidad entre los elementos humanos y no-humanos presentes en el análisis, y que tiene que ver con la naturaleza de lo social: si renunciamos a la “asimetría espuria” planteada arriba, entonces también debemos renunciar a pensar en “fuerzas sociales” o “dimensiones sociales”, puramente humanas, que puedan constituir un campo de indagación apartado del resto de las cosas de este mundo. Humanos y plantas, humanos y cosas,

humanos y no humanos participan de un mismo cúmulo de relaciones y constituyen un único campo de estudio, regido por las mismas fuerzas (ni “naturales” ni “sociales”), y donde los recortes analíticos deben hacerse siguiendo una lógica que no es la de los compartimentos estancos definidos por fuerzas, leyes y campos académicos particulares. Estos recortes no seguirán un patrón establecido, sino que deberán responder a los rastros que surgen de partir de las interacciones que se dan entre los elementos de la red.

La herramienta metodológica que nos permite recortar un campo de estudio con estas características ha sido denominada por Latour (2008) “rastreo de asociaciones”. Se denomina “asociaciones” a las relaciones, a priori indefinidas, entre elementos heterogéneos que componen un campo ya no de lo social sino de lo asociado, de lo que de algún modo se vincula a medida que vamos progresando en la investigación. Esta red se define a partir de la tarea de “rastrear”, de seguir los agrupamientos de personas y cosas y discernir cómo ocurren, cómo se modifican y cómo permanecen. La idea de “rastreo” permite también centrar

la pesquisa en una entidad, las “plantas” en este caso, o en un agrupamiento de relaciones (humanos-plantas) orientando la investigación, sin reproducir compartimentaciones preconcebidas del mundo. De ese modo, a la manera de un hilo de Ariadna, podemos transitar por distintos lugares o hacernos hablar de distintas cosas sin dejar de reconstruir los vínculos entre plantas y personas.

Entonces este ejercicio de “rastreo” implica seguir la ruta propuesta por el campo etnográfico bajo el presupuesto de la simetría. Todo vínculo o intersección es pasible de explotar en una multiplicidad de destinos que el investigador debe aceptar. El ejercicio del rastreo reconoce la parcialidad de su abordaje: aceptar seguir una de las rutas propuestas es abandonar muchas otras que, aun pudiendo ser visitadas más tarde, jamás serán las mismas: la red de asociaciones es un tejido flexible que constantemente se renueva. Es esta la idea que inspira el título de este trabajo. “Sin patrón” es un doble reconocimiento -simétrico- tanto a la teoría que sustenta mi abordaje como al modo en los

integrantes del movimiento conciben su trabajo de producción de alimentos y la organización que ello implica.

Ensamblado y Colectivo.

Según este marco, si tornamos simétricos los conceptos de naturaleza-cultura, si disolvemos aquello que los separaba en dos términos distintos y reconocemos una igualdad de condiciones a todos los elementos que participan de la red de relaciones entonces debemos preguntarnos qué espacio queda para el concepto de “Sociedad”. La TAR sostiene que este concepto es a la sociología lo que una Naturaleza es a la epistemología moderna: si la segunda se presenta como un grupo que comparte propiedades similares y se auto define, es decir constituye un conjunto de cosas-en-sí; la primera es entonces un conjunto de hombres-entre-ellos (Latour, 2012: 156). En cualquier caso, ser “tanto social como natural” no es una condición *per se* de la existencia de los objetos; es, simplemente, una división artificial realizada sobre ellos.

La posibilidad de que materialidades y objetos¹¹ se comporten activamente y modifiquen la conducta de otros actores es expresada en la TAR bajo el concepto de “mediación” (Latour 2008: 63). Los mediadores son aquellos actores humanos y no humanos (o actantes, en términos de Latour)¹² cuya especificidad ha de ser considerada a la hora de explicar cómo se desarrolla un curso de acción o un fenómeno. Sus características, sus modos de relación con otros actores, dirigen la acción en un determinado sentido, excediendo los vínculos causales o casuales que solemos suponer. Los mediadores habilitan, desalientan o modifican los recorridos esperables de las relaciones en las que están involucrados.

¹¹ Hablo de materialidades y objetos porque el segundo de esos términos es insuficiente para dar cuenta de una amplia gama de entidades no-humanas, materiales pero no objetuales, tales como por ejemplo ríos, cerros, campos, etc.

¹² En *Politics of Nature* (2004: 237) Latour los define de la siguiente manera: “*Actant is a term from semiotics covering both humans and nonhumans; an actor is any entity that modifies another entity in a trial; of actors it can only be said that they act; their competence is deduced from their performances; the action, in turn, is always recorded in the course of a trial and by an experimental protocol, elementary or not.*”

La mediación no tiene por qué ser un acto constante, también expresa el potencial de personas y cosas para irrumpir en los cursos de acción. El resto del tiempo, cuando esta cualidad no se expresa, los mismos elementos pueden ser considerados “intermediarios”, que no afectan activamente el curso de los acontecimientos en los que están involucrados.

Es así como el MAUC o la Feria Agroecológica pueden ser abordados como colectivos compuestos por las asociaciones de objetos, personas y técnicas, todos ellos sumamente heterogéneos, aunque imprescindibles y cargados de la misma importancia al momento aglutinar y consolidar las redes que los unen.

Ensamblaje será comprendido entonces como un proceso dinámico que busca dar cuenta del hecho de que los colectivos constantemente tienen que ser renovados. Ensamblaje designa un movimiento de acople y desacople de segmentos (conjuntos de actores humanos y no humanos, grupos, colectivos) de acuerdo con la dinámica de los vínculos que mantienen entre sí y con otros.

Territorio practicado y producido

Teniendo en cuenta el andamiaje teórico desarrollado en los apartados anteriores, pretendo en esta instancia desarrollar ciertas circunstancias particulares que considero como pivotes y puntos de inflexión durante mi trabajo de campo. Estas situaciones organizaron mi experiencia etnográfica, ya sea en el mismo instante en el que sucedieron o luego, al momento de revisitarlas para escribir este Trabajo Final. Los “momentos” que abordaré se caracterizan por condensar de manera intensa reformulaciones de conceptos que algunas veces se extendieron mucho más allá de lo que yo hubiera esperado -como por ejemplo el concepto de “producto”- y otras, lisa y llanamente debieron ser reformulados -como sucedió con el par planta/alimento-.

Uno de los conceptos más presentes en el discurso de los integrantes del MAUC era y es el de territorio. Considero que por este mismo motivo fue uno de los más elusivos al momento de “rastrearlo”. El concepto de territorio nunca fue explícitamente puesto en discusión, sino puesto en ejercicio. Ahora entiendo que para ellos se trataba de un

concepto claro. Cada vez que se hablaba del fin último del MAUC -el ejercicio de la Soberanía Alimentaria- o se llevaban a cabo prácticas orientadas hacia este objetivo, se evidenciaba que si la soberanía era ejercida lo era sobre un territorio. Entonces territorio era un concepto practicado.

La comprensión del concepto de territorio, tan caro a los integrantes del movimiento, no fue a partir de aquellas prácticas que ellos mismos podrían considerar como constructoras de territorio soberano -como lo son el cultivar, cosechar y comercializar alimentos agroecológicos locales- aun reconociéndome partícipe de ellas. Logré comprender este concepto cuando conseguí afianzar al término “soberanía alimentaria”. Esto se produjo luego -y a partir- de la lectura de lo que hoy constituye antecedentes de investigación: el conocimiento del proceso histórico que Argentina como nación afrontó durante los últimos cuarenta años en lo referente a la producción local de alimento me habilitó a comprender al territorio como un espacio practicado en un presente continuo, cargado de profundidad histórica.

El territorio es un espacio que existe en tanto es ejercido, es un lugar lleno de experiencias y voluntades que, con el objetivo de extenderse, habitan una constante puja que se ejerce en tiempo continuo. Recuerdo cómo, orgullosos de los resultados de una jornada de trabajo en la que se habían sembrado y dispuesto el sistema de riego de nuevos surcos, se dio el siguiente diálogo entre compañeros del movimiento:

- ¡Faa! ¡Mirá eso! Este es el futuro.

La respuesta no se hizo esperar:

- No, ¡esto es el presente!

A esto me refiero con la idea de “presente continuo”. La lucha que llevan a cabo se pierde en el momento en que se dejen de efectuar las tareas diarias que hacen a la producción, en el sentido trabajado aquí. Los mecanismos que participan de un modelo de producción industrial de alimentos dispuestos a avasallar los espacios de construcción de soberanía alimentaria en cualquier momento. La feria, el campo, los nodos, son todos espacios soberanos, lamentablemente, frágiles. Considero que el

término “lucha” es perfectamente aplicable a cada una de las tareas que el Movimiento lleva adelante.

El territorio comprendido de esta manera toma una relevancia distinta: ya no refiere a una extensión de tierra cultivada, y su carácter heterogéneo no apunta solamente a la calidad productiva de los suelos sobre los cuales se trabaja. El territorio se torna uno de los nodos centrales en una red de relaciones que no se compone exclusivamente de humanos, que tiene la capacidad de situar, es decir de ofrecer un marco espacial de referencia, aunque sea sumamente fluctuante. De ninguna manera es reducible a un recurso a explotar que adquiere o pierde valor económico según su capacidad de sostener cultivos o no. En todo caso, el territorio es producido a partir de los ejercicios de soberanía: allí donde se cultiven alimentos sanos y culturalmente apropiados, donde se los comercialice en una lógica de capital no competitiva y donde las decisiones que rijan a la producción o la venta de estos alimentos sean tomadas en asamblea, se está produciendo un territorio soberano en los términos del MAUC.

Su carácter fluctuante surge de las múltiples prácticas y modos de circulación que lo definen. Por múltiples refiero al hecho de que esta definición no opera sólo a través de las actividades relacionadas con la producción de alimento. En él y por él circulan tanto alimentos como personas: por ejemplo, la Feria puede considerarse un espacio -territorio- en donde la soberanía alimentaria se está ejerciendo, pues tanto productores y consumidores están eligiendo hacer circular aquello que consideran como alimento sano y local.

Considero que, dadas las características de aquello que los integrantes del MAUC conciben como territorio, es oportuno introducir ahora otro elemento al desarrollo de este trabajo. Se trata del concepto de “*taskscape*” (Ingold, 2002). Me gustaría utilizarlo en castellano, pero su traducción presenta ciertas dificultades. Se trata de una palabra compuesta, acuñada por el autor, que reúne en un solo término a otros dos: *landscape* y *task*, cuyos equivalentes en castellano son “paisaje” y “tarea” respectivamente. Entonces, una traducción aproximada a la propuesta del autor sería “tareaje”. Veremos ahora de qué se trata.

Con la intención de superar la postura naturalista que sostiene al paisaje como un escenario en el cual realizamos nuestras actividades y la postura culturalista que lo reduce a un constructo simbólico, Ingold sostiene que comenzar una definición de paisaje en la que se considere que las tareas son llevadas a cabo en algo así como un ambiente o un paisaje es comenzar con una distinción innecesaria, que puede ser evitada. Intentando disolver las distancias entre paisaje, entorno y tareas el autor considera que todos ellos son en última instancia el resultado de ensamblajes, es decir la reunión de múltiples prácticas, todas ellas heterogéneas. El *taskscape* se ubica entonces en un espacio intermedio entre paisaje –experiencia cualitativa y con la capacidad de contener actividades- y las tareas –consideradas como redes de actividades heterogéneas que no pueden sino ser consideradas simultáneamente sociales y técnicas. Pero la particularidad del *taskscape* es que, recordemos, no es presentado con la intención de reducir la distancia entre los conceptos de tarea y paisaje, sino de disolverla. *Taskscape* tendrá entonces características de ambos términos de la diada, pero la negará. Al igual que las

tareas, el *taskscape* será comprendido como un conjunto de relaciones de actividades heterogéneas; al igual que el paisaje, el *taskscape* tendrá características cualitativas que lo distinguen y particularizan: podemos preguntarnos cómo es, pero sería un sinsentido preguntarnos cuánto de él hay.

Pero ahora las diferencias se acentúan. Si el paisaje no es parte de la naturaleza, pero tampoco se ubica como un evento social podemos decir que el paisaje es el mundo tal como es conocido por los que en él habitan. Frente a esto el concepto de *taskscape* se posiciona de una manera muy distinta: si las tareas son realizadas en un paisaje existe una relación de contención, mientras que la relación que existe entre un conjunto complejo, extenso y heterogéneo de tareas y el *taskscape* es distinta. En él no seremos espectadores y las actividades no serán llevadas a cabo en un espacio, sino que serán las actividades y la performance de nuestras tareas en tanto formas de habitarlo las que constituyan el *taskscape*, además serán estas las que definan la forma de conocerlo y experimentarlo. De esta manera se otorga una profunda relevancia a las experiencias, discursos y prácticas de los actores que habitan y hacen posible un

taskcape. Este concepto se evidencia por demás relevante al trabajar con personas que tienen como objetivo la construcción de un territorio soberano.

Alimentos y plantas.

Las plantas, en tanto nodo particular de las relaciones, no deben ser concebidas como meros recursos. Dentro de la lógica que opera en el MAUC, aquello que al pasar la mayoría de las personas constreñirían al concepto “planta” oculta un amplísimo espectro de seres que poseen distintas cualidades. Imagínese el lector la sorpresa que me llevé cuando una de las integrantes del Movimiento me corrigió mientras yo me refería a las rúculas en el surco que estábamos desyuyando:

“...plantas no. Alimento Pablo, son alimento.”

El término planta se demuestra insuficiente –cuando no, incorrecto-. Es demasiado amplio, vago y totalizador. Al construir una naturaleza/planta uniforme, indistinta y, por sobre todas las cosas, explotable somos incapaces de dar cuenta de todas las posiciones que ellas toman en relación con nosotros en tanto humanos. ¿No sería insensato

englobar con el mismo término aquello que tiene la capacidad de poner en jaque la economía de los países de toda una plataforma continental junto con aquello que tiene la capacidad de alimentar de manera cultural y nutricionalmente apropiada a los pueblos?

Considero que en el discurso occidental y moderno el concepto de “plantas” se rige bajo la división naturaleza/cultura¹³. En términos latourianos las plantas – recordemos que en este trabajo hacemos foco en aquellas que utilizamos para comer– están siendo sometidas a un constante ejercicio de purificación homogeneizante. Imaginemos un caso completamente opuesto a la propuesta llevada adelante por el MAUC: ¿cuáles son los pasos y los conceptos involucrados para que en un lugar del mundo una cadena de supermercados ponga en venta una naranja pelada adentro de un contenedor de plástico transparente que las contiene por unidad, cada una de ellas

¹³ Un ejemplo claro de las limitaciones que ofrece este tipo de perspectivas en los estudios antropológicos se encuentra en Marconetto (2008), al problematizar la aplicabilidad de las clasificaciones etnobotánicas para comprender la relación (y las tipificaciones) con las plantas de otras personas.

con su correspondiente precio y etiqueta que, además, aseveran que se trata un producto natural?¹⁴ Imaginemos todos los elementos que participan de esa red, aceptando que seremos avasallados por la madeja de relaciones de la modernidad. Si partimos desde científicos que se tomaron el trabajo de diseñar naranjas más resistentes al paso del tiempo, hasta quien debe apilar estas naranjas en una góndola deberemos atravesar un interminable flujo de recolectores, transportistas, maquinaria, acopiadores, ingenieros, envasadores, cotizaciones de mercado, aduanas, fronteras, políticas internacionales de ingreso de semillas: la lista se extiende interminablemente, el poder de la traducción y la mediación está en marcha y no puede ser detenido.

Frente a esto, podríamos decir que el MAUC lleva adelante una campaña de anti-purificación. Una de sus formas de militar la soberanía alimentaria es hacer hincapié en la importancia de que tanto el productor como el consumidor

¹⁴ Invito al lector a familiarizarse con polémicas como la siguiente: <http://www.independent.co.uk/life-style/food-and-drink/news/peeled-oranges-in-plastic-pulled-by-whole-foods-after-social-media-outrage-a6911611.html>.

sean conscientes del recorrido y los actores involucrados en el proceso de producción de los alimentos, es decir, poner en evidencia el carácter mediado de los alimentos y poner en discusión cuáles son y cuáles deberían ser esos mediadores. Al mismo tiempo, intentan con todas sus fuerzas reducir los intermediarios. Esto obedece a varias razones vinculadas entre sí: el MAUC busca evitar el encarecimiento innecesario de los productos que comercializa y el enriquecimiento de actores que no participan en el proceso de producción –recordemos las particularidades del modelo del agronegocio–. Se considera que la reducción de intermediarios entre el productor y los consumidores no sólo resulta beneficiosa para el consumidor sino también para el productor, debido a la reducción de costes de transporte y conservación de los alimentos en circulación. El MAUC tiene como interlocutores a ambos grupos, y la relación entre ellos es un eje clave de su trabajo. En este sentido, un objetivo principal del Movimiento es afianzar la producción y comercialización locales del alimento, considerando que sin

ellas es imposible alcanzar el objetivo de soberanía alimentaria.

Llegados a este punto es necesario preguntarse por el concepto de alimento. Si aquellas entidades no pueden ser reducidas al término “plantas” ¿Cómo y porqué el término “alimento” sí puede englobarlas?

Al referirse a su propia producción con este término, los integrantes del Movimiento están haciendo hincapié en una multiplicidad de cualidades que se entrelazan en las plantas. Antes que nada, existe una preocupación por que sean ecológica, nutricional y culturalmente apropiadas a la sociedad cordobesa. Debemos tener en cuenta que estas características no se limitan solamente a las plantas que ellos producen, también se extienden a los productos que el MAUC comercializa, provenientes en su totalidad de distintas organizaciones campesinas que elaboran su mercadería teniendo en cuenta las particularidades ecológicas de las zonas en las que es producida.

Los alimentos entonces serán ecológicamente apropiados al ser producidos bajo el paradigma agroecológico. En

principio se tienen en cuenta las variedades de plantas/alimentos que menos dificultades y costos de producción acarrear, al ser cultivadas en la Ciudad de Córdoba y sus alrededores. A riesgo de ser insistente remarco: el motivo de realizar esta elección no se limita solamente a reducir los costes de producción y venta, en todo caso se prioriza a aquellas especies que son capaces de lograr el menor estrés ecológico, al tiempo que son demandadas por el público consumidor local, sin que ello restrinja las opciones de venta ni la variedad de alimentos ofrecidos. Como ejemplo, recordemos el caso de la papa del aire, que si bien resulta extraña al público no deja de ser una apuesta que el Movimiento lleva adelante al promocionarla en el puesto de la Feria. También son tomados en cuenta los aspectos ecológicos que pueden llegar a ser relevantes al momento de organizar la producción: mantener la variedad no solo cumple con un objetivo nutricional, también tiene en cuenta un equilibrio en el que es necesaria la interacción entre diversas especies, siendo esto completamente opuesto a las prácticas de monocultivo a escala industrial. En ese aspecto,

la cuestión se centra en cuáles son las relaciones que se dan entre las plantas: ¿Cuáles son las que competirán entre sí por la luz solar? o ¿cuáles competirán entre ellas por las mismas variedades de nutrientes en el suelo? ¿Cuál es la mejor forma de disponer las distintas especies para que las raíces no compitan entre ellas? ¿Cómo organizar las plantas aromáticas para que sus propiedades repelentes de insectos afecten a la mayor cantidad de ejemplares en el surco? ¿Qué distancia debe haber entre cada planta para que todo esto suceda? ¿Cuál es la mejor forma de aprovechar el agua? Todos estos aspectos y muchos más son tenidos en cuenta al momento de organizar la producción del Movimiento en términos agroecológicos.

Nutricionalmente hablando los integrantes del MAUC consideran que su oferta de alimentos es sumamente completa y variada en comparación a los productos en venta provenientes de la industria alimenticia, la mayoría de ellos basados en almidones procesados. Teniendo en cuenta la amplitud y variedad de productos que comercializa el Movimiento –quesos, cítricos, mieles, verduras de hojas, tés, harinas de trigo y maíz

agroecológico, licores, verduras varias, condimentos, hierbas, y muchos otros productos- es realmente difícil poner sus afirmaciones en duda. Esto es un reflejo de las intenciones del Movimiento: facilitar la distribución, accesibilidad, consumo y la producción de alimentos sanos, inocuos es una prioridad por sobre las ganancias económicas que se puedan llegar a obtener de su comercialización, aunque éstas sean necesarias para la reproducción de las actividades que llevan a cabo.

Antes de continuar me permito hacer una breve reflexión sobre las relaciones que existen entre las cualidades de “sano” e “inocuo” que los alimentos pueden llegar a tener. Esta última es un término técnico: un alimento “inocuo” es aquel del cual se espera no resulte perjudicial para la salud de la persona que lo ingiere. Luego de mi experiencia con los integrantes del Movimiento considero que cuando ellos se refieren al carácter “sano” de un alimento se están refiriendo a una cualidad que excede el encapsulamiento que construyen los parámetros técnicos de medición de un estado de sanidad. El “alimento sano” es aquel que mantiene a muchas entidades en un estado de “salud”: las

personas que lo consumen, quienes los producen, el ambiente que los hace posibles; a la vez que fomenta relaciones que se separan de un modelo extractivo, que ellos consideran inevitablemente patológico.

Entonces, la producción local de un espectro variado de alimentos ofrece una alternativa a los productos alimenticios de carácter industrial. Ella habilita a la participación de los consumidores en la elección de que consumir, a la vez que se define de esta manera quién y cómo producirá los alimentos. Desde la perspectiva de los integrantes del Movimiento se considera que al explicitar el origen y la forma de producción de los alimentos se está empoderando al consumidor. La decisión de cómo alimentarse se torna entonces explícita y no se circunscribe solamente al producto a consumir, también se opta por un paradigma de producción que boga por el respeto y el cuidado una multiplicidad de entidades que participan de las relaciones que hacen posible la producción y comercialización del alimento en sí: el monte, sus habitantes humanos y no-humanos, aquellas personas que

participan en la cadena de producción de alimentos, los suelos en los que se los produce, etc.

De esta forma es posible explicitar cómo el concepto “alimento” es un disparador de innumerables rastros y relaciones que se extienden en una amplísima red, y dar cuenta de cómo este concepto es mucho más apropiado que el de “planta” al momento de abordar los productos comercializados por el MAUC. Las redes se extienden profundamente: referirse a una rúcula en un surco en la Ciudad de Córdoba arrastra una lucha política por la soberanía alimentaria que en el marco internacional lleva más de 20 años de puja, al tiempo que dispara un discurso emancipador en relación con los modos de producción del agronegocio cuyas prácticas son definidas a partir de las ganancias que puedan ingresar a una empresa en función de la comercialización de granos en términos de *commodities*. En este punto el carácter híbrido de los alimentos es difícil de ignorar.

De la semilla al pan.

Teniendo en cuenta que los alimentos, según son definidos por las prácticas y el discurso del Movimiento, pueden ser abordados como entidades de características híbridas, retomemos ahora la frase que, considero yo, define por antonomasia al Movimiento:

“Somos un movimiento político apartidario cuya intervención comienza cuando plantamos una semilla”

¿Qué recorridos disparará entonces una semilla? Innumerables sin ninguna duda, pero en esta ocasión haré foco sólo sobre algunos de ellos. Recordemos el carácter parcial y modesto del rastreo.

Indudablemente, hay algunos componentes de los cuales la lucha del Movimiento no puede prescindir: las personas que lo componen, los interlocutores a los que se dirigen y, en las propias palabras de los integrantes del Movimiento, su producción. Desde la perspectiva de los integrantes del Movimiento es un sinsentido pretender llevar adelante la lucha por la Soberanía Alimentaria careciendo de la capacidad de producir alimentos. Para ello el movimiento

requiere de espacios concretos en los cuales cultivar y, obviamente, qué cultivar. Este es el lugar central de las semillas y granos. Ellos detentan la capacidad productiva por sobre todas las cosas. La lucha entera se basa en el acto disparador de plantar una semilla, es en este momento particular en el que múltiples procesos comienzan de manera simultánea: tanto el crecimiento de la planta/alimento en sí, como la práctica de la soberanía en un territorio que es constantemente construido y actualizado.

Para abordar a la semilla como un aspecto central de la lucha del Movimiento me remitiré a una situación que se originó durante una cena en Barrio Maipú, en una casa-nodo. En esa ocasión nos reuníamos para celebrar un cumpleaños, pero las actividades del MAUC jamás dejaron de estar presentes en la conversación. Uno de los productos de mayor demanda en el mercado agroecológico es la harina de trigo. En ese momento una de las dificultades del grupo era que no estaban siendo capaces de abastecer esa demanda. Téngase en cuenta que existe gran cantidad de productores locales de panificados que son producidos o

consumidos dentro de una lógica de “alimentación sana”. Estos obtienen la materia prima de una muy pequeña cantidad de molinos cordobeses que procesan trigo agroecológico, de los cuales uno es gestionado por el movimiento.

La harina de trigo es uno de los productos más difíciles de elaborar, a causa de la delicadeza de las condiciones sanitarias necesarias para mantener su carácter “inocuo”, especialmente en el espacio de molienda. Pese a las dificultades técnicas que pueden presentarse durante su elaboración, la única dificultad insalvable que implica la producción de harina agroecológica es la escasez de materia prima, es decir, de trigo agroecológico.

Frente a esta dificultad se hallaba el Movimiento, lo cual disparó diversas preguntas: si la demanda es alta, ¿por qué no aumentar la producción de trigo? Esta primera pregunta los colocaba en un dilema complejo: si optaban por convertir la totalidad, o un porcentaje muy significativo de su producción en trigo, ¿Cuál era la distancia entre dar ese paso y participar de una lógica de monocultivo extensivo?

De no hacerlo, estarían restringiendo la posibilidad de crecimiento de la producción (y el consumo) de productos agroecológicos, justamente de aquellos que tienen una demanda alta. La decisión de qué producir se toma en base a dos variables: qué alimentos se está en condiciones de ofrecer dentro de la lógica agroecológica, y qué alimentos son demandados por los consumidores de productos ecológicos. En ese sentido la posición y los desafíos del MAUC son sumamente interesantes: al reducir la distancia entre productor y consumidor, el Movimiento se enfrenta a una lógica de consumo donde los alimentos “sanos” son demandados sin considerar las condiciones “sanas” o “ecológicas” de su producción. El reto de educar a consumidores y productores para que se consideren estas condiciones por encima de las impuestas por la demanda es uno de los problemas que enfrenta el Movimiento.

Me gustaría detenerme un momento aquí. La reducción de la distancia entre las posiciones de producción y consumo implica también la visibilización de un conflicto entre intereses que resultan de la separación misma: el consumidor *demand*a, ese interés depende de esa posición

y su supuesto aislamiento respecto a otras. De la misma manera, si el productor solo *oferta* es porque se concibe una producción orientada solo a la satisfacción de la demanda y la obtención de ganancias. Al cuestionar los fundamentos de ambas posiciones, el Movimiento se ve enfrentado a la necesidad de generar nuevas lógicas y nuevas redes de relación que abarquen a todos los interesados.

En cuanto a la satisfacción de la demanda, el MAUC participa de una lógica de producción alternativa que permite evitar el monocultivo y satisfacer las necesidades del mercado. Esta lógica se basa en la construcción de redes de vínculos entre muchos pequeños productores, que dedican sólo una porción del territorio que trabajan a producir trigo. Por ejemplo: un productor de harina agroecológica demanda a un productor de trigo una cantidad de trigo superior a la que este último genera. Entonces, se moviliza una red de contactos con otros productores de trigo que puedan satisfacer el faltante, y la venta se concreta entre todos, sin intermediarios que generen una ganancia de reventa. De ese modo, una lógica

económica ecológica puede considerarse al mismo tiempo una lógica política.

La segunda pregunta que surgió en la reunión fue mía. Hablando del precio de las bolsas de semillas, uno de ellos dijo “la curada está a...”. Nuevamente, mi ignorancia funcionó como disparador: ¿qué significa que una semilla esté “curada”? La respuesta fue opacada por la discusión que generó. Se me explicó que la semilla curada es aquella que ha sido tratada con químicos, especialmente fungicidas, dado que los hongos son uno de los peligros más importantes que involucra el acopio de semillas. Esta explicación fue interrumpida por una exclamación dirigida a todos:

“...qué hijos de puta, curada quiere decir que estaban enfermas...”

La discusión siguiente trató sobre cómo la lógica de producción industrial se sustenta incluso en el uso de cierto vocabulario para describir y legitimar al mismo tiempo ciertas prácticas de patologización del alimento. Todos ellos coincidieron en que ese era un punto central. Gran parte

del discurso que sustenta la introducción de productos e insumos provenientes de la industria agroquímica se fundamenta en caracterizar a las plantas y granos de los cuales nos alimentamos como patológicos en caso de no atravesar el proceso de tratamiento agroquímico, o en señalar el peligro de la escasez que sobrevendría en caso de eliminar las prácticas agroindustriales de la producción de alimento. Se destaca la fragilidad de los cultivos: la lógica del discurso se construye a partir de la idea de que sólo es posible cultivar con una batería de insumos que garantizan un cierto tipo de alimento: que es sano, que no se hiela, que es durable, que produce ganancias, que puede afrontar una plaga.

Podemos decir entonces que en la lógica industrial del alimento, para ser comido (para ser “comida”), el grano debe atravesar un proceso de purificación, en el sentido de ser alejado de su estado “natural”, concebido como patológico, mediante una serie de operaciones químicas-industriales que lo aíslan de otros elementos bióticos con los que suele interactuar, y de ese modo lo convierten en alimento “curado”, “sano”, apto para ser consumido.

La siguiente pregunta que podemos formular es si existen alternativas para lidiar con interacciones entre las semillas y otros seres que resultan perjudiciales para nuestra salud. La respuesta del Movimiento es indudablemente afirmativa. En múltiples ocasiones presencié cómo la discusión del término “inocuo” se disparaba. Una de sus mayores preocupaciones es asegurar que los alimentos que producen, además de ser adecuados en términos de soberanía alimentaria, sean inocuos desde el punto de vista de la salud humana. Para lograr esto cuentan con el apoyo de múltiples técnicos del INTA, tanto internos como externos a la organización. De los productos que ellos comercializan, el que mayor dificultad ofrece en ese sentido es la harina. El acopio del grano, la producción de la harina (molienda), el envasado y la comercialización del producto involucran técnicas y prácticas sumamente específicas que deben ser rigurosamente observadas. En el caso de otros alimentos, como las verduras, la presencia de insectos no es un problema. De hecho, es esperada y no mal considerada, dado que evidencia la ausencia de pesticidas en el proceso productivo. En el caso de las harinas en cambio, aquellos

insectos, animales y hongos que entren en contacto con el producto representan un riesgo para el consumidor y, en el caso del trigo, para el productor: la presencia de hongos en las semillas almacenadas puede impedir la continuidad de la producción al año siguiente o plantear un costo extra elevado.

Volviendo a las harinas, en comparación con otros productos elaborados y envasados, la harina carece de la ventaja de la esterilización: no puede ser hervida como lo son mermeladas, jaleas o escabeches. A diferencia de la miel, no es resistente al paso del tiempo o la influencia de agentes patógenos como hongos o bacterias. Y a diferencia de las verduras, en caso de iniciar procesos de descomposición, esto no puede ser advertido de manera inmediata por productores o consumidores. Sumado a esto, el tiempo que transcurre entre el inicio del proceso productivo y el consumo del producto es mucho mayor que en el caso de otros alimentos, con lo cual el riesgo que corre durante los períodos de almacenaje es mayor.

El MAUC nos plantea una pregunta referente a la “inocuidad” como una categoría ambigua: ¿qué elementos presentes en nuestros alimentos son, pueden llegar a ser o pueden tornar a esos alimentos “patológicos”? y Para quién ¿humanos, ecosistema, economía, otras plantas o animales? La respuesta queda a consideración de todos.

La circulación “de la naturaleza a tu mesa”.

La propuesta y prácticas del MAUC involucran ciertos modos de circular de personas, alimentos e información que no son casuales ni dejados al azar. Es justamente en el proceso de circular que se habilitan y se prohíben ciertos tipos de vínculos entre alimentos y personas, los cuales son considerados propicios o nocivos, respectivamente, para la construcción de la soberanía territorial y alimentaria a partir de circuitos de “comercio justo”.

Aquello que el Movimiento define como “comercio justo” se refiere a las prácticas llevadas a cabo al momento de la “construcción del precio” de los elementos que comercializan. Los integrantes del MAUC sostienen que la alimentación sana no debe ser un privilegio de personas de

elevado poder adquisitivo, sino un derecho de todas las personas. Se lleva a cabo un esfuerzo constante y permanente para mantener tan bajo como sea posible el costo de venta de los productos. Los elementos que construyen el precio de un producto son: los costos de producción, traslado, envasado y un margen de ganancia bajo. Este último busca cubrir dos aspectos, por un lado, se orienta a cubrir los costos de amortización y mantenimiento de cualquier maquinaria que participe de la producción y por otro posibilitar una retribución económica a las personas que participan de la producción de determinado producto.

Invito al lector a prestar atención la próxima vez que se halle frente a una góndola de supermercado. ¿Cuántas veces encuentra en los productos que allí se venden alguna palabra relativa a “naturaleza”? La frecuencia es cuanto menos llamativa, y es observable tanto en el discurso que rodea la venta de productos industrializados como de productos agroecológicos. Este solapamiento de discurso es reflejo de la convergencia de dos prácticas enteramente distintas. Por un lado, nos hallamos frente a un ejercicio de

invisibilización de los recorridos, conceptos e intereses que habitan y construyen el mundo capitalista moderno. Por otro lado, estamos frente a ejercicios de explicitación de los recorridos que los alimentos realizan, que acentúan la brevedad de ese recorrido, y la ausencia de ciertos intermediarios que conforman la base del encarecimiento de los alimentos producidos de manera industrial.

Podemos aprovechar la homonimia ya destacada entre los “intermediarios” latourianos y aquellos del circuito agroindustrial que se busca evitar en las prácticas agroecológicas. Si bien los integrantes del MAUC buscan reducir intermediarios en términos de personas que obtengan beneficios económicos (y encarezcan los productos) sin participar de la producción o el consumo de los alimentos, también realizan una reducción de intermediarios en términos latourianos, al preocuparse constantemente por qué tipo de influencias ejerce cada uno de los elementos involucrados en la red de producción, distribución y comercialización de los alimentos. De ese modo, el carácter de mediadores de actores humanos y no humanos es puesto constantemente en evidencia y

problematizado. La diferencia entre los dos circuitos mencionados en el párrafo anterior puede ser descrita en esos términos: la producción industrial de alimentos, en lugar de explicitar el carácter mediador de cada uno de los elementos que conforman su red, los invisibiliza, convirtiéndolos de ese modo en intermediarios. Contrariamente, el ejercicio de reducir los intermediarios en términos del MAUC obliga a explicitar su carácter de mediadores en términos latourianos.

Estos aspectos permiten dar cuenta de lo que mencionamos antes con el nombre de “anti-purificación”: los modos de hacer circular personas, alimentos e información son aspectos clave para comprender cómo el MAUC genera redes de mediaciones diferentes de las propuestas por el modelo agroindustrial, basadas en explicitar la mediación y los vínculos entre personas, alimento y territorio. En otras palabras, una mediación no “purificada”. Un elemento que toma relevancia en el proceso de generación de redes son los nodos de comercialización. Ellos cristalizan y dan un cuerpo concreto

al esfuerzo colectivo de todos los integrantes del Movimiento.

Los nodos de comercialización funcionan de manera independiente y coordinada con puesto de la Feria y a la venta de bolsones de los jueves. Estos espacios habilitan el acceso a un público más amplio y mayormente distribuido a lo largo y ancho de la Ciudad que el que visita el puesto de la Feria. Se considera que las personas que asisten a esta última están más familiarizadas con la lucha por la soberanía alimentaria, mientras que quien podría acercarse a un nodo no necesariamente es participe de ella. Esta distribución de la mercadería y de representantes del movimiento permite una reducción de intermediarios, de esta manera el Movimiento se ve habilitado vender sus productos de manera directa sobre una mayor cantidad de compradores al tiempo de que permite evitar la reventa de los productos, cosa que no es tolerada bajo el esquema de economía popular al cual el movimiento se orienta. Los nodos, al igual que la feria son espacios en los cuales las ventas no solo se circunscriben a una transacción de carácter meramente económico. Cuando un cliente se

acerca a uno de ellos a realizar una compra casi siempre se sostiene un momento de esparcimiento en el cual se comparte información tanto del recorrido de la mercadería como otros aspectos que puedan resultar relevantes a la lucha por la soberanía alimentaria.

Si bien el movimiento está en condiciones de prescindir de los nodos en tanto mediadores - que pueden distribuir la mercadería puerta a puerta y cuentan con el puesto de la Feria Agroecológica- estos no son espacios que se pongan en cuestión. Sus funciones además implican la descentralización del almacenamiento de los productos - evitando la necesidad de alquilar un espacio para almacenarlo o las incomodidades que involucraría tener la mercadería en la casa de uno de los integrantes- al tiempo que aumentan también la cantidad de espacios en los cuales las reuniones operativas del MAUC se pueden dar, y funcionan de manera muy complementaria con los pedidos de mercadería que gestiona el Movimiento a través de las redes sociales, reduciendo las distancias que compradores o mercadería deben recorrer. Incrementan también los espacios de encuentro con el público al cual el Movimiento

dirige su discurso, ya que su presencia en distintos barrios de la Ciudad pone en juego el “boca en boca” de los vecinos.

Tanto el puesto de la Feria como los nodos son espacios en los cuales se garantiza el origen agroecológico de los productos a través de la confianza y la transparencia en los procesos de producción de los alimentos, la participación en diversas actividades de la militancia y la socialización de conocimiento.

La naturaleza del Movimiento

Las lecturas que dispararon las preguntas de este Trabajo Final hacen hincapié en la relación que existe entre las operaciones de traducción/mediación y purificación, y una manera peculiar de relacionarse con objetos, seres y materialidades no-humanos propia de la Modernidad, relación que se condensa en el concepto de Naturaleza. En ese sentido, creo que es posible caracterizar como “heterodoxas” las concepciones respecto de la “naturaleza” puestas en juego por el movimiento, especialmente si se contraponen a las presentes en el modelo agroindustrial. Cabe aclarar que al hablar de “concepciones” no estoy

haciendo referencia solamente a lo que las personas dicen, sino también a lo que hacen y a las maneras en que fundamentan su acción.

La primera hipótesis respecto a las concepciones de “naturaleza” esperables es que ambos discursos se refieran a una sola Naturaleza, en el sentido ya trabajado de un único dominio de la realidad, regido por leyes fijas y con características universales. Si bien es algo que podría suponer al momento de referirme a la agroindustria, en el caso del MAUC no puedo afirmarlo con tanta seguridad. En el caso de la primera, la naturaleza es indiscutiblemente homogénea, tanto en las prácticas de producción como de venta, e incluso a nivel geográfico, dado que los territorios productivos no se tratan en función de su especificidad sino justamente de sus posibilidades de homogeneización. Ejemplo de esto son las fronteras agrícolas en Argentina: ¿cómo es posible que se pretenda cultivar unas pocas variedades de grano desde Chaco hasta La Pampa? De la misma manera, los productos son comercializados sin tener en cuenta particularidades regionales de ningún tipo:

podemos encontrar las mismas mercaderías en cualquier estación, en cualquier supermercado, o casi.

Comprender a las actividades del Movimiento como heterodoxas en los términos del naturalismo moderno requiere un mayor desarrollo. He descrito ya como es que son múltiples los actores en la red que se despliega al momento de llevar adelante la lucha por la soberanía alimentaria, también hemos visto como muchos de estos actantes pueden ser caracterizados como entidades híbridas, y que esto no solo se restringe a humanos. Entonces, si bien la mayoría de los integrantes del Movimiento son efectivamente ingenieros agrónomos, existe en su forma de abordar al mundo, y en particular a sus huertos, un espectro posibilidades plásticas en las cuales los diferentes elementos que lo componen pueden ubicarse. Un caso extremadamente representativo de esto son la tierra y las semillas. Ambas podrían, en un momento de planificación operativa de los cultivos ser consideradas recursos, sin embargo, este carácter no es el único al que se restringen. La tierra en ocasiones surge y participa de otros registros, como “pacha” o “pachita” se torna un

interlocutor al cual se respeta, se pide, se protege, se habla y al cual se le hacen ofrendas y que puede regalar alimentos. Se trata de un vulnerable, potente y generoso. Si bien su enunciación en estos términos no es constante, puede surgir en cualquier momento.

Querría detenerme un momento para hacer algunas salvedades respecto del análisis que realizaré de este concepto: la presencia de entidades de este tipo en el cotidiano del Movimiento podría llevarnos a pensar en una apropiación de elementos “exógenos”, más precisamente andinos, y a explicar su presencia en términos de herramienta política o de desmarcación simbólica del discurso extractivista industrial. Considero esto un error, en varios sentidos. En primer lugar, por lo general el trato con la pacha se produce en situaciones de intimidad, no necesariamente relacionadas con las múltiples y frecuentes instancias de visibilidad política del Movimiento. Los rituales para la pachita se realizan generalmente en el campo, con la única presencia de sus integrantes y algún invitado ocasional, en general perteneciente a un círculo íntimo.

Por otra parte, considero que un abordaje de la pacha como elemento exógeno cae nuevamente en ejercicios de purificación que metodológicamente busco abandonar. Inclusive, puede considerarse riesgoso como planteo político el acto de atribuir o prohibir potestad cosmológica o política de relacionarse con alteridades no humanas a distintos grupos.

Podría argumentarse también que la construcción de un vínculo con la pacha es utilizada por los integrantes del MAUC como un modo de desmarcación simbólica respecto de prácticas extractivas propias de la relación entre humanos y recursos (Sociedad/Naturaleza). Este planteo vuelve a recaer en el vicio moderno de trazar líneas divisorias entre dos partes cualesquiera, y procurar colocar a un grupo de un lado o del otro de la línea: si se asume a los miembros del MAUC como “modernos”, su relación con la pacha queda reducida a un intento (fallido) de desmarcación de esa modernidad. Si, por el contrario, no realizamos la primera operación (nuevamente, de purificación), la segunda no es necesaria.

Por otra parte, los argumentos más fuertes en contra de ese planteo son de tipo etnográfico: a lo largo de este trabajo sostendré que una de las potencialidades más grandes del MAUC como colectivo radica en incorporar elementos heterogéneos que habitan muy cómodamente los espacios de “sutura” entre mundos “modernos” y no modernos. En estos espacios, la pacha y las bacterias son igualmente reales y su presencia igualmente “legítima”, si tal palabra puede ser utilizada etnográficamente.

El MAUC es un movimiento asambleario. Eso implica que todo, o casi todo, es puesto en debate a menudo. No es el caso de la pacha. Ella es indiscutible, su aparición como entidad no es motivo de debate, ni de sorpresa. La convivencia entre ella y aquello que podría ser considerado como un discurso cientificista o uno técnico orientado a la utilización de los suelos como recurso se da sin ningún inconveniente. Esta convivencia no debe pensarse necesariamente en instancias diacrónicas. La pacha y las técnicas agrónomas existen simultáneamente. Como dije antes, es la enunciación de una u otra lo que puede

alternarse, pero la presencia de ambas claramente es constante.

¿Qué lógicas habilitan la coexistencia de estas entidades?

La coexistencia y la complementariedad de esos conjuntos de prácticas y discursos son posibles a partir del ejercicio del territorio. Al poner en juego este concepto se admite la multidimensionalidad de las prácticas culturales que deben existir para conformar la soberanía: el saber técnico es necesario, el carácter de interlocutor potente de la tierra también. La existencia de esta alteridad permite reconocer tanto su fragilidad como la nuestra, en tanto ambos formamos parte de un mismo mundo.

Quisiera detenerme en una ocasión puntual a partir de la cual comencé a interrogarme por esta coexistencia de discursos y prácticas asociados al mismo tiempo a entidades originadas en el ámbito de lo “científico” y a otras, en principio ajenas a éste. El suceso en cuestión ocurrió durante un almuerzo del MAUC en Barrio Alto Alberdi.

Estábamos en la casa de Mario y Lala, adonde fui invitado a almorzar locro y a festejar el hecho de que Lala ganara una beca a partir de un proyecto generado en el marco del Movimiento. Además de participar del MAUC, Lala produce junto con Mario insumos para el campo bajo la etiqueta de “Monte Sano”, que incluyen varios productos, entre ellos biorrepelentes elaborados a partir de purines de frutos del árbol de paraíso o ajíes, y un fertilizante líquido elaborado a base de ortigas. Estos productos son comercializados en todos los nodos del Movimiento y en el puesto de la Feria Agroecológica. También son vendidos por Lala en diversas Ferias de la Provincia de Córdoba en botellas de medio litro.

Al principio, alrededor de las 9am, estábamos presentes Juli, Lala, Mario, algunos amigos de la casa y yo. Mientras preparábamos el almuerzo Juli comentó, de manera muy vaga, que se había encontrado con un artículo de noticias en el que se hablaba de “bombas” que eran lanzadas en algunas zonas para controlar la humedad y las precipitaciones. La idea se remitía a avionetas que “espantaban nubes”. Aparentemente estos instrumentos, lanzados desde algunos aviones, eran utilizados para

perjudicar a los productores de algunas zonas del mundo, privándolos de agua al producir “sequías artificiales”. Mario, Licenciado en Geología, comenzó rápidamente a enumerar variables que intervendrían en las condiciones de humedad de una zona “X”, desde el perfil geográfico de la zona en particular hasta el caudal de los ríos que la atravesaban, los cuales dependían de deshielos a muchos kilómetros de distancia. Él sostenía que la cantidad de variables de las que depende una condición particular en un ecosistema, en este caso la humedad, eran innumerables, y que de ninguna manera podían ser controladas al punto de lograr “hacer” una guerra ambiental a los pequeños productores. Continuó su argumentación sosteniendo que, si apenas podíamos predecir las condiciones climáticas, la mayoría de las veces con un enorme margen de error, mucho menos podrían ser controladas. En esta discusión Mario puso en juego una serie de conocimientos relacionados con su formación y su trabajo que, aunque no mediara la intención de “imponer” su autoridad, adquirirían un peso particular al tratarse de la palabra “de” un científico, “de” una persona con formación en química.

La discusión no continuó mucho tiempo. Rápidamente volvimos al locro. Un rato después, cuando la comida ya se estaba cocinando, Mario y Lala me describieron el proceso de producción de uno de los biorrepelentes y del fertilizante, mostrándome en la misma cocina de la casa los tres tachos donde los elaboraban. El fertilizante se consigue simulando los efectos de la digestión de una vaca en tachos plásticos de 200 litros. La elaboración del producto tiene sus complicaciones, una de ellas es la cantidad de tiempo que requiere para hacerse: la digestión de las bacterias no es para nada un período que roce lo inmediato. Durante ese tiempo, si se produce una filtración en los tachos, que son herméticos, o si ingresa aire, se echa todo a perder porque las bacterias que participan del proceso son anaeróbicas. Otro peligro radica en que se trata de bacterias generando metano y otros gases en un ambiente herméticamente cerrado. Si se produce demasiado gas, la presión aumenta y un tacho de 200 litros revienta en la cocina de los productores. Para solucionar este segundo problema, han colocado una manguera adherida al borde superior del tacho, que va a parar a una botella de plástico llena de agua.

El mecanismo es sencillo y muy similar al denominado “sifón” en plomería. Cada tanto, la manguera expulsa gases dentro del agua, de modo que no entra oxígeno al tacho. En términos nativos (y cariñosos) “el tacho se tira peditos”.

Una última complicación a mencionar en el proceso de elaboración de fertilizantes y bioinsumos, es que, bajo el estricto principio de no exponer las bacterias intestinales vacunas al aire, la recolección de bosta de vaca del suelo no es útil, por lo que se recurre a una técnica que requiere un alto grado de compromiso. La materia fecal tiene que ser extraída del intestino de la vaca en un proceso manual mediado tan sólo por un guante. El bolo fecal se extrae y embolsa con el mismo guante, antes de entrar en contacto con el aire.

Luego del almuerzo, y con la correspondiente lubricación social generada por el alcohol, unas ocho personas fuimos a fumar al patio. En ese momento, alguien preguntó acerca de una figura de cerámica colocada en uno de los estantes superiores de la cocina, a la vista de todos. Entonces, Mario contó la historia del Equeco.

Según él, éste no fue originalmente un ser mítico. Mario nos propuso imaginar los hogares de un altiplano atemporal: puestos alejados unos de otros, sin mercados establecidos, entre los cuales hubo viajeros que cargaban mercadería, generalmente en un aguayo, vendiéndola. Por eso uno “le pedía” al Equeco que traiga tal o cual cosa. Cuando volviera, recordaría el pedido. En el relato de Mario, este personaje mercader devino luego una entidad mítica benéfica, a la cual, siguiendo un determinado protocolo, se le pide por abundancia. Entre esas acciones protocolares figura el “dar cigarrillos”.

La figura de cerámica de Mario y Lala está colocada en un estante exactamente encima de uno de los tres tachos utilizados para hacer el fertilizante. Mario nos contó que con frecuencia le pone “cigarritos” al Equeco para “pedir abundancia” en la producción de bioinsumos.

El contraste entre las posturas de Mario en las discusiones antes y después del almuerzo puede ser leído en clave de las paradojas que involucra la (A)Modernidad (sensu Latour, 2012) a nivel de las relaciones con otros seres: en

un primer momento, Mario, haciendo gala de sus conocimientos en geología y química, negaba la posibilidad de controlar el clima y provocar sequías intencionadas mediante los mecanismos conocidos por la física, la química y los desarrollos tecnológicos alcanzados por el hombre. A su vez, en un segundo momento, sostenía que el control de los procesos de fermentación de sus bacterias sí era posible, mediado por las herramientas, técnicas y conocimientos científicos puestos en juego. Finalmente, en un tercer momento el Equeco se convirtió en un mediador tan válido como cualquiera de los anteriores al momento de asegurar la abundancia en la producción de los bioinsumos.

Son estas relaciones las que pongo a consideración cuando me enfrento a la dificultad de sostener la univocidad del concepto “naturaleza” en el discurso del MAUC. Pero sí me atrevo a afirmar que se diferencia de la evocada por el discurso comercial de la industria alimenticia. Aquí me tomo una libertad, considero que el Movimiento consigue algo a lo que aspiramos como antropólogos: llevar a serio, poner en diálogo y hacer trabajar juntas a múltiples maneras de ver y practicar el mundo. La Pacha, el equeco y

la química de los suelos están siendo tratados de manera simétrica. No sólo se “toleran” mutuamente, sino que forman parte de un mismo conjunto de prácticas destinadas a construir territorio soberano. En mi experiencia, fue necesario un proceso de formación académica para aprender a respetar y hacer interactuar el mundo de la Ciencia y la Naturaleza con aquellos construidos a partir de otras compartimentaciones. En el caso del MAUC, estas formas de interacción se potencian mutuamente.

La palabra “pachita” y el discurso asociado a ella están poniendo en primer plano, explicitando y haciendo hincapié en un conjunto de relaciones con un sujeto (no un objeto) “tierra” que la palabra tierra no visibiliza. Esto orienta las prácticas sobre ese sujeto, concebido como tal, como interlocutor, agente, como entidad a ser defendida.

Desde un punto de vista analítico, no explicitado en estos términos por los integrantes del MAUC, “pachita” puede pensarse como un modo de poner en evidencia el carácter múltiple de las naturalezas y las culturas puestas en juego

por el Movimiento. Esta perspectiva, al articularse con el conocimiento y las habilidades técnicas en agronomía, resultantes de una concepción científica del mundo, permite formular un discurso y llevar adelante una serie de prácticas tendientes a proteger por igual a personas y ecosistemas mediante la transformación de la noción y los modos de producción de alimento.

Los aspectos de la propuesta del MAUC que he presentado hasta aquí invitan a poner en cuestión las maneras en las que producimos, qué relaciones, espacios, actores e instancias median nuestro acceso al alimento. En el mismo sentido, la experiencia etnográfica llevada a cabo junto al Movimiento me llevó a preguntarme por la posibilidad de extender esta mirada sobre el acto de producir a otros ámbitos, particularmente el de la producción académica. El capítulo cuatro intentará presentar el concepto de producción como un eje articulador central tanto de la experiencia etnográfica como del acto de escritura.

CAPÍTULO CUATRO

A medida que la tensión nos
mantiene en el borde del asiento,
muchas cosas cobran vida.

Taussig (2015), *The Corn Wolf*.

Este capítulo constituye el último punto del recorrido etnográfico junto a los integrantes del MAUC. Intentaré por lo tanto presentar un concepto que puede ser pensado como como eje de comprensión de sus prácticas, el de “producir”. Las particularidades que rodean a este concepto y a su construcción conducen también a ampliar su alcance, obligando de varias maneras a un ejercicio simétrico en el cual la pregunta por el producir se extiende más allá de las actividades del MAUC y de la potencialidad de este concepto para comprenderlas.

El epígrafe que da inicio a este capítulo le pertenece a Michael Taussig, y fue extraído de su libro *“The Corn Wolf”* (2015). Este autor logra transmitir con total soltura algunos de los fundamentos claves de este Trabajo Final. Uno de los objetivos de su libro es invitarnos para tener en cuenta

aquellas situaciones en las que son las cosas quienes toman, sin pedírselo a nadie, protagonismo y en ocasiones total preponderancia en las historias de las cuales ellas, en un principio, participaban y ahora sostienen. A modo de ejemplo, en un pequeño apartado de este libro el autor describe la película *“The Wages of Fear”* del año 1953 y su forma de exponerla propone a uno de los neumáticos de un camión como foco de tensión en el cual el espectador inexorablemente centra su mirada, desplazando complemente a los protagonistas. Pasemos ahora a dilucidar qué creo que significa esta propuesta.

Puede decirse que este capítulo fue producto de una particularidad metodológica de mi trabajo de campo: de haber contado con situaciones de entrevista, notas de campo extensas, completas, en resumen, si la experiencia junto a ellos no hubiera estado mediada por el esfuerzo efectivo de producir alimentos, el concepto de producción no se hubiera convertido en eje de este Trabajo Final, porque no hubiera podido incorporarlo. Al momento de iniciar la etnografía, lo primero que tuve que hacer fue rescindir mi idea de trabajo a favor de otra, la del trabajo en

el Movimiento. Para producir etnografía tuve que producir alimentos. En esta instancia, el discurso de los actores o del etnógrafo, la observación o la lectura tuvieron que ceder su lugar prioritario habitual al hacer.

El hacer.

En mi trabajo de campo no entré en contacto solamente con personas: tanto las plantas-alimentos como las tareas y espacios que forman parte del esfuerzo colectivo llevado adelante por el MAUC orientaron el recorrido y los planteos de este trabajo. El concepto de *taskscape* presentado por Ingold se tornó crucial, porque si bien la palabra nativa tiene un altísimo valor, a esta altura del trabajo estoy convencido de que cultivar y producir alimentos par a par con los integrantes del MAUC fue una de las mejores maneras de comprender los sentidos que articulan su lucha.

Ese concepto puede dar cuenta de aquella forma de conocer la producción y las plantas durante todo su proceso de producción. Muchas veces noté en los integrantes del Movimiento cómo el saber que era puesto en juego no sólo se refería a un conocimiento técnico general, sino a uno

sumamente específico y singular en relación con el estado particular de los alimentos cultivados, proveniente del cotidiano hacer sobre los mismos, que la mayoría de las veces era inasible para mí.

Un ejemplo concreto que tal vez logre ilustrar mejor el tipo de experiencias de conocimiento a las que me refiero es la poda de la rúcula. Esta planta se cultiva-poda varias veces antes de terminar su ciclo productivo, de manera que se pueden obtener varias cosechas de una misma planta. El momento de la poda se define de una manera curiosa: se la corta “antes de que se ponga peludita”. No hay una unidad de medida temporal, en semanas o días, para calcular esto, simplemente se la corta cuando ellos calculan que se está por poner “peluda”. Cómo hacen ese cálculo es algo que todavía me resulta misterioso.

¿Qué es producir?

Producir en algún punto es actuar con un sentido, es tomar una elección, que debe ser asumida en primera persona, orientada a hacernos cargo de uno de los aspectos más relevantes de nuestra vida: nuestra alimentación. Producir

será tornarnos mediadores, redireccionar relaciones que antes de nuestra elección eran arrastradas por una inercia de mercado en la cual los alimentos sólo pueden ser recursos, *commodities* o valores futuros. Producir es tornar al alimento en herramienta de empoderamiento, en mediador capaz de aglutinar sobre su propia existencia una larguísima cadena de voluntades, concepciones y esfuerzos. Ahora, este conglomerado de voluntades es posible sólo cuando se visibilizan las prácticas, intenciones y circuitos que son necesarios para que exista un sistema con las características del modelo industrial de producción. Es allí donde el trabajo anti-purificación del MAUC cobra relevancia: la denuncia que ellos realizan cotidianamente, sus esfuerzos por evidenciar el recorrido preciso de los alimentos tienen una intención propositiva. No sólo se limitan a señalar el problema, también se toman el trabajo de demostrar que existe una solución posible y que ésta es factible de ser realizada en múltiples escalas, al alcance de todos. De hecho, estos fueron los orígenes del Movimiento, en un principio los esfuerzos estaban orientados al asesoramiento de familias que tuviesen la intención de

sostener huertas comunitarias en diversos barrios de la Ciudad de Córdoba.

En ese sentido, es posible afirmar que la tarea de explicitar los circuitos de mediación es una tarea cargada de sentido político. Al hacer explícitos los recorridos de los alimentos, la mediación de diversos actores y relaciones, humanos o no, también es posible hacer consciente el carácter notado, sino modificable, de esas redes ahora visibles. Al conocer el modo en que están construidas, es posible elegir transformarlas, proponer una manera de hacerlo, discutir por qué esa y no otra, y llevarla adelante.

Si bien esto no es palabra de los integrantes, sostengo que ante todo producir es una elección. La multiplicidad de formas posibles de llevar a cabo esta decisión es abrumadora. Los integrantes del MAUC y sus hogares afirman y son prueba de que toda acción, por ínfima que parezca, es un paso orientado a la producción de la soberanía alimentaria. Cuando ellos se refieren a que su lucha comienza cuando plantan una semilla, es así de concreto.

Sin embargo, los esfuerzos del Movimiento han tomado relevancia debido a la escala en la que están produciendo. Plantar una semilla es suficiente como acto político, en tanto acción consciente de elección sobre el propio alimento y las condiciones de su producción. Sin embargo, esa sola semilla es insuficiente como instancia de visibilidad. La necesidad de producir a mayor escala entonces tiene que ver no tanto con la intención política del producir, sino con la necesidad de visibilizar lo más posible la lucha por el alimento, y también con habilitar una relación sucesiva entre los dos “frentes” de esa lucha: crear primero consumidores conscientes, que luego podrían llegar a convertirse en productores, sin considerar la escala a la que lo hagan.

Recordemos, el Movimiento se plantea a sí mismo dos interlocutores. Por un lado, se dirigen a los productores agrícolas de pequeña escala que se sitúan en el cinturón verde de la ciudad de Córdoba. El mensaje dirigido a ellos es claro: es posible producir alimento a escala comercial sin recurrir necesariamente a insumos químicos y agrotóxicos. Por otro lado, las personas que cotidianamente compran al

Movimiento, reciben otro mensaje: cada compra habilita y hace posible dos mundos distintos. La elección de consumir o no tal producto es lo que hace posible las producciones a gran escala. También se busca transmitir la idea de que cada uno de ellos puede ser productor de su propio alimento. A ellos se los incita a reconocer que cada elección cuenta, que tanto producir por sí mismos como apoyar con su compra, acción, escucha y compromiso a los que lo intentan es importante. Las formas serán distintas en cada caso: alguien dispondrá de un pequeño terreno donde cultivar, otro solo tendrá un balcón en el cual deberá recurrir a macetas y un tercero podrá participar del Movimiento, las puertas siempre está abiertas para personas que tengan interés y compromiso. Pero todas y cada una de estas formas son necesarias para lograr la soberanía alimentaria en su máxima expresión. Por supuesto que conocimientos y técnicas precisos son también necesarios, pero sin el apoyo del gran público, sin el apoyo de una comunidad extendida, la lucha del Movimiento pierde fuerza.

Son entonces dos aspectos los que constituyen la propuesta del discurso del MAUC. Por un lado, “consume sano”:

aquello de lo que usted se alimenta no sólo sana su cuerpo, también nuestras tierras y el ecosistema en general. Por otro lado, ya que está aquí, ¿por qué no producir? Este discurso es acompañado por la oferta de todos los elementos necesarios para la producción en el hogar: tierra, bioinsumos, semillas y consejos.

De esa manera, la producción y el consumo no existen como propuestas políticas separadas del acto mismo de producir, del imperativo: produzca, consuma, y elija cómo. La producción como explicitación de mediaciones, como elección de los circuitos en los que estará inserta, como acto de empoderamiento de las personas sobre su territorio, no existe sin la práctica misma que permite llevar todas estas cosas al acto. Creo que es esta especificidad de la tarea de producir lo que la hace tan importante como base de comprensión de lo que ocurre en el MAUC y de lo que ocurrió con mi trabajo etnográfico. La clave del concepto reside en que no es un concepto “puro”, o purificado, convertido en idea, sino que es puesto sobre la mesa en el hacer.

Al mismo tiempo, “producir” posee una fuerte carga de interlocución. Es un concepto, un conjunto de tareas y de acciones destinado específicamente a interpelar a otros. Respetando esa carga “nativa” asociada al producir es que me dispongo a habilitar la pregunta sobre mi propia producción.

Tornarse Mediador.

Llegado a este punto me inclino a seguir una línea propuesta por Bruno Latour: el autor nos incita a intentar *“aprender a transformar lo que habitualmente sirve de explicación en lo que, por el contrario, debe explicarse”* (Latour 2012: 22), a utilizar las mismas herramientas que aplicamos a nuestro objeto de estudio para recorrer nuestras propias explicaciones del mundo en términos de rastros. Esta propuesta no está orientada a que realicemos sobre nuestra propia producción un trabajo de crítica epistemológica, debido a que desde la perspectiva de la TAR la epistemología moderna ha sido principalmente un dispositivo de purificación: su objetivo reside generalmente en lograr desarrollar un conocimiento “aséptico”, librado de intereses que estén más allá de lo científico. En sus

propios términos, un conocimiento “objetivo”. Nada más distante de lo que me propongo hacer aquí. En este caso, la propuesta es, a la luz de los conceptos comprendidos e incorporados durante mi trabajo etnográfico, realizar un ejercicio de simetría. Es decir, pensar qué tengo para decir acerca de la etnografía, y especialmente el texto etnográfico, como productos y por ende como mediadores: explicitar las relaciones que sustentan a aquello que explica, y explorar cuales son los recorridos que encuentran anclaje material en el texto en tanto objeto.

Si bien puedo comprender ahora algunas de las múltiples posiciones en las se puede ubicar lo que comúnmente llamamos “planta”, el principio de simetría de la TAR demanda que todos los conceptos puestos en juego para entretener este trabajo sean considerados igual de válidos y relevantes: Latour propone que se construya un “plano”, un espacio bidimensional donde no se puedan desarrollar estructuras contenedoras que abarquen, absorban y expliquen en sus propios términos los sistemas de relaciones que contienen. En este sentido, aquí el trabajo etnográfico no puede ser la lectura unidireccional en la cual

se interprete una porción de la realidad desde una perspectiva particular. Muy por el contrario, Latour nos propone aceptar el flujo de las direcciones y, con total miopía y confianza, seguir el camino propuesto por nuestros interlocutores.

Siguiendo esta propuesta deseo plantear, a modo de ejercicio simétrico, la pregunta por la posición de este trabajo como “producto”, como partícipe de las redes que se entretajan alrededor de la lucha por la soberanía alimentaria del MAUC: si ningún acto de consumo o producción es irrelevante en términos de construcción de soberanía alimentaria, ¿podríamos llegar a comprender este trabajo en particular como un “producto” ¿Es esa propuesta aplicable a la producción de este trabajo en particular? ¿Cuáles son los aportes que realiza? ¿De qué circuitos participa y qué relaciones habilita? Para acercarnos a algunas respuestas exploraré el concepto de “producto”, tan caro a los integrantes del Movimiento, intentando encontrar claves que permitan extrapolar esa idea a mi propio trabajo en tanto producto.

¿Qué produzco?

Para lograr eso debería explicar antes cómo llegué a considerar mi trabajo en términos de “producto”. Como ya expuse, el concepto central de mis primeras aproximaciones al Movimiento era el de “plantas”. Si bien nunca lo abandoné, fue innegablemente sustituido en importancia por el “alimento”. Lo cierto es que durante un periodo muy extenso me descubrí satisfecho con ese avance, pero durante mucho más tiempo del que estoy dispuesto a confesar, también fui obtuso e impermeable al concepto “producir”, aun cuando ambos términos suelen acompañarse. Su aparición en mi trabajo fue sumamente tangencial. Resulta que una de las condiciones indispensable para que yo pudiese trabajar con los integrantes del Movimiento era que lo hiciese en sus propios términos, es decir, trabajando la tierra. En algunas ocasiones intenté sugerir entrevistas grabadas a modo complementario: ninguna de ellas fue fructífera, por lo cual rápidamente decidí seguir la propuesta de mis interlocutores y optar por pequeñas notas que tomaba mientras pasaba la azada, pelaba ajos o vendía mandarinas.

En general, el triste destino de esos papelitos era desaparecer antes del final del día (algunas veces tuve la suerte de recuperarlos al día siguiente en los surcos del campo). Para resolver esa situación, me puse en contacto con una colega que se dedica a la elaboración de pequeños cuadernos hechos a mano. Su respuesta fue sumamente importante para este trabajo: “No tengo. No estuve *produciendo*, pero si querés en un par de días te armo”. Fue en ese momento en el que pude intuir la potencia y la amplitud del concepto de producir. Hasta ese momento no había prestado atención a quiénes, qué y cómo producen qué cosa. Curiosamente, esa intuición no surgió durante las charlas con los integrantes del Movimiento, ni durante mis primeros encuentros con ellos o a lo largo de las jornadas de trabajo. Entiendo ahora que tomó tiempo impregnarme del concepto a través del hacer cotidiano, hasta poder comprender su relevancia.

Esto puede considerarse análogo al problema que plantea Latour (2008: 63) respecto del funcionamiento de la computadora (o de los mediadores y la mediación): si no se hubiera roto, todo lo que representa hubiera permanecido

invisible. Cuando esto ocurre, la amplitud y diversidad de las relaciones que media y habilita (desde las obligaciones laborales hasta la existencia de técnicos, fábricas o sistemas legales asociados a ellas) se vuelven evidentes, y por lo tanto rastreables y cuestionables. La especificidad de mi experiencia etnográfica, es decir, el modo en que fue dirigida por mis interlocutores, habilitó un cierto modo de comprender, centrado en la actividad de producir tanto alimentos como etnografía. Este modo hace foco en los elementos que participan y median ese circuito de producción. En ese sentido, Latour sostiene que son los dispositivos y técnicas que fallan los que se hacen evidentes en tanto mediadores, explicitando dos cosas de forma simultánea: su carácter compuesto (socio-técnico) y la dependencia que tenemos de ellos. Sin embargo, sucede algo que considero aún más relevante para mi trabajo: son estos momentos los que evidencian *“a través de qué recorrido preciso se establece esa dependencia”* (Latour 2012: 49). Creo que es esto lo que en el caso del Movimiento se hace de modo explícitamente político, y lo

que la frase de mi compañera fue capaz de condensar y volver explícito para mí.

La producción claramente no se circunscribe solamente a alimentos en sí. Incluso reconociendo el carácter de mediador y condensador de recorridos de los alimentos no se hace justicia a la potencia del concepto de producción. Como dije antes, el territorio también es el producto de diversas cadenas de relaciones: algunas lo convertirán en soberano, otras en tierras explotadas. Los consumidores conscientes de las cadenas de producción y los intermediarios que en ellas circulan también son un producto de la lucha por una alimentación sana y culturalmente apropiada, que el Movimiento y muchas otras organizaciones llevan adelante.

En este punto de la etnografía sucedieron dos cosas: el trabajo mismo fue reinterpretado a partir de los conceptos nativos, y en consecuencia este Trabajo Final en todas sus facetas se convirtió en un producto. Enfrentado a esta situación comprendí que, al igual que había sucedido con las plantas, era necesario preguntarse ¿Qué es este

trabajo? Y más importante aún ¿Qué puede llegar a ser? Y lo que tanto la experiencia con el MAUC y la Teoría del Actor Red pusieron en evidencia fue que este trabajo en sí mismo era posible de ser considerado un mediador o intermediario. También se evidenció un carácter particular de la actividad de producción etnográfica. ¿En relación con qué personas u objetos este trabajo se tornaría un mediador? ¿Cómo convertir este esfuerzo en algo nutritivo, en algo que tenga la capacidad de alimentar y fortalecer a la lucha por la soberanía alimentaria?

La etnografía como producto

Con estas preguntas en mente, me gustaría acercar las ideas de Marilyn Strathern (2014). La autora considera que el desarrollo de las prácticas etnográficas consta de dos momentos particulares, dos campos más específicamente. Por un lado, nos encontramos frente a un “campo” que suele presentar cierta distancia con la cotidianidad espacial o temporal del investigador; por otro, nos encontraremos con la escritura.

Al iniciar mi experiencia en el primero de estos campos, los intereses en relación a las plantas estaban orientados desde las lecturas y discusiones llevadas adelante tanto en el Núcleo Naturaleza ~Cultura como en la cátedra de Arqueología y Naturaleza. Sin embargo, antes de relacionarme con los integrantes del MAUC albergaba un total desconocimiento de las prácticas agrícolas en general y de la situación del agro argentino en particular. Este fue un momento de inmersión, en el que pude “empaparme” en un mundo nuevo y desconocido de relaciones.

El encuentro fue tornado parcial por una peculiaridad: todas las relaciones y situaciones vivenciadas en ese momento fueron atravesadas por el hecho de tener como objetivo final la escritura, actividad muy diferente de las que estaba llevando adelante. La pregunta que esto dispara es ¿cómo lograr que las lógicas y el discurso que cobraban sentido en la cotidianidad del trabajo de campo lo hagan al momento de dirigirme a un público otro? Strathern considera que es a partir de esta peculiaridad que surgirán gran parte los desafíos de la práctica etnográfica.

De ese modo, la actividad de escribir de ninguna manera puede ser considerada subsidiaria o secundaria a la etnografía, sino que constituye según la autora un segundo campo. Strathern considera que cada uno de estos dos campos habita parcialmente al otro, sin abarcarlo completamente. En cada punto de solapamiento se produce un proceso de reordenación de los elementos localizados en ambos campos. Aquí, el antropólogo debe reconocer que el reordenamiento de los elementos que conforman ambos campos inevitablemente involucra una pérdida parcial de sentido.

Strathern nos recuerda el hecho de que en tanto antropólogos buscamos construir conocimientos a partir de condiciones iniciales de campo completamente imprevisibles. Nos encontramos en una situación en la que no conocemos aquello que se tornará relevante al análisis final. Una de las posibles situaciones con las que nos podemos encontrar es que aquello que tenía sentido en el momento de formular una pregunta o trazar las líneas que guiarían al proyecto etnográfico, puede perder preponderancia durante el trabajo de campo, a la vez que

toman relevancia las preocupaciones y los posicionamientos de las personas (¿solamente las personas?) que participan de la experiencia etnográfica. Será la obligación del investigador entonces lograr habitar ambos campos, tornar serios (*sensu* Viveiros de Castro, 2010) los mundos que son propuestos por sus interlocutores y ponerlos en juego con el acervo teórico que él en tanto investigador acarrea.

Al momento de dar cuenta de las relaciones que se proponen entre ambos campos, uno de los aspectos sobre los cuales Strathern hace hincapié es el hecho de que la escritura, o el texto, estructura las relaciones etnográficas incluso antes de existir. Vamos al campo con el objetivo final de escribir. El imperativo de tornar texto lo vivido está presente inclusive en los primeros acercamientos al campo, y se expresa en el “cuaderno”, las “notas”, los “apuntes” de campo. En un intento de ejercicio simétrico, es posible pensar en el texto como una suerte de “valor futuro” (Gras y Hernández, 2013: 33): una presión (o dirección) ejercida por algo que todavía no existe sobre las relaciones entre las personas en tiempo presente. Continuando con la analogía,

sería ingenuo restarle importancia al direccionamiento que el imperativo de escribir ejerce sobre las relaciones que establecemos con las personas en el campo, con nuestro objeto de estudio y con nuestra propia experiencia.

En este sentido, puede decirse que la narración, o el texto, operan en un sentido similar al que destacamos respecto de los objetos en el planteo de Taussig (2015): debiendo ser parte de una red más amplia, estos elementos “toman protagonismo sin pedírselo a nadie”, hacen que la etnografía se condense en ellos, y que en algún punto corra el riesgo de quedar reducida a ellos y a lo que pueden ofrecer.

En principio, ese carácter del texto puede ser fácilmente entendido como mediador, utilizando la terminología latouriana. Es a la vez un formato y una materialidad que direcciona las relaciones establecidas entre actores, incluyéndome tanto a mí como a los miembros del MAUC o a las plantas. Sin embargo, la pregunta más acuciante que se me planteó al respecto es si el texto era el único producto posible de mi trabajo etnográfico.

Retomando el concepto de “producción” del MAUC, es posible responder que no. En el capítulo 3 he desarrollado la manera en que los miembros del Movimiento tejen relaciones entre personas y entre personas y cosas como parte de un movimiento político de explicitación y elección de las mediaciones necesarias para construir territorio soberano. Cada uno de los alimentos que surgen de esa red y la hacen posible son “productos”, y condensan¹⁵ en ellos las múltiples relaciones que los habilitan. En ese sentido, me gustaría plantear que la producción etnográfica puede concebirse como el conjunto de relaciones y de mediaciones explicitadas que el trabajo etnográfico habilita. Si bien lo que otorga anclaje material, el producto de una etnografía no se reduce al texto etnográfico, sino que abarca también el conjunto de las relaciones generadas a partir de la actividad de etnografiar, relaciones escogidas y explicitadas en su modo de ser por todos los implicados.

¹⁵ Sobre todo en el sentido de que a partir de ellos es posible rastrear esas relaciones.

Recolectar.

A partir de estas consideraciones, querría concluir este análisis con una reflexión acerca de las relaciones que los miembros del MAUC como productores de alimentos y yo como antropólogo construimos con aquellas entidades que creamos en nuestros respectivos campos.

Siendo que trabajo con agricultores, la palabra “recolección” apareció en raras ocasiones durante el trabajo de campo. “Recolectar” no es lo que ellos hacen, o el modo en que definen sus actividades. “Cosechar” es el término utilizado para describir la actividad de recoger el alimento que ha sido cultivado.

Strathern utiliza la palabra “recolección” para revisar un tipo de relación muy específico con las informaciones con las que el antropólogo podría entrar en contacto al momento de realizar su trabajo de campo. Esta relación tiene que ver con la consideración de esas informaciones como datos, como recursos explotables, si se quiere, susceptibles de ser recolectados como otras tantas entidades pasivas y objetivas creadas por el mundo

“moderno”. Tomados de esta manera, tanto alimentos como informaciones se convierten en cosas, previa o independientemente de las relaciones que establezcamos con ellos.

En el caso de los saberes adquiridos mediante nuestra participación en el campo etnográfico, este proceso podría operar invisibilizando las relaciones entre el etnógrafo y sus interlocutores y la manera en que éstas habilitan o no ciertas experiencias etnográficas (como en el caso del trabajo en el campo). En el caso de los alimentos, “cosechar” da cuenta de una relación muy distinta: las cosas que son pasibles de ser cosechadas lo son porque deben su existencia a un tipo muy específico de relación. Fueron cultivadas. Existe allí un conocimiento que excede lo técnico y pasa a ser particular, estas relaciones están basadas en el carácter manual del hacer.

Varias veces me he referido al carácter peculiar de los saberes puestos en juego por los miembros del MAUC en torno a los alimentos. Como ocurre en el caso de los pelitos de la rúcula, el saber técnico es insuficiente para dar cuenta

de una familiaridad peculiar con las plantas y con aquello que les ocurre. La cuestión crucial que deseo destacar aquí es que ese tipo de conocimiento depende de un particular involucramiento de las personas en la actividad de producir, tiene que ver con la ausencia de máquinas, con la escala de la producción y con las exigencias de una producción variada y agroecológica de alimentos. Pero de manera (lógicamente) previa a todos estos condicionantes, existen elecciones políticas que hacen que este tipo de saberes, relaciones y materialidades sean posibles.

Estas elecciones también definen la manera en que podemos acercarnos, en tanto etnógrafos, a nuestros interlocutores. Probablemente la forma de adquirir conocimientos y el contenido que vayamos acumulando sobre ellos sean muy distintas según las relaciones que habilitemos y negociemos.

Considero que metodológicamente este trabajo también fue cultivado. Los encuentros, las dificultades y fricciones que formaron parte del proceso de producción de este texto etnográfico fueron el resultado de un encuentro con

la incertidumbre (sensu Strathern), negociaciones y elecciones tanto mías como de los integrantes del Movimiento. Estas elecciones hicieron que cualquier sentido de “recolección” ya sea en términos extractivos o modernos fuera imposible en este trabajo, mérito que debe atribuirse en gran parte a los miembros del MAUC y a su forma de concebir las relaciones con el mundo que construyen.

CAPITULO CINCO

Bajar a tierra.

Al momento de iniciar el trabajo mis preguntas de investigación se orientaban hacia la problematización de las relaciones entre personas y plantas. En este momento, la inquietud tenía que ver con el cuestionamiento de ciertos sentidos comunes que solemos asumir en esta relación: las plantas, especialmente las plantas cultivadas con intenciones de ser consumidas como alimento, son antes que nada un recurso económico. Mi hipótesis de trabajo era que probablemente los miembros del MAUC tuvieran una relación “alternativa” con las plantas, que excediera esa idea. Esa relación constituiría la base de su militancia y fundamentaría su organización colectiva.

Cuando comencé mi trabajo junto a los miembros del MAUC, asumía que esta lucha, de la cual poco conocía, se basaría en un “enfrentamiento entre plantas”: mis preconcepciones reducían los términos a una oposición entre “plantas transgénicas” y “plantas orgánicas”, y suponían una construcción de sentidos y relaciones con las plantas en torno a esa dicotomía. En otras palabras, inicié mi recorrido

junto al MAUC en busca de una relación “heterodoxa” con las plantas. Si bien encontré relaciones que podrían considerarse de esta manera, no fueron aquellas que esperaba. En lugar de una lucha dicotómica entre plantas me encontré con una heterodoxia más fluida, desentendida de casillas, en la cual no existen distancias entre la ingeniería agrícola y la pacha. Además, las plantas (devenidas alimento) resultaron ser uno entre muchos elementos necesarios para comprender una lucha diferente, por el territorio y la soberanía alimentaria.

Hubo diferentes situaciones disruptivas durante mi trabajo de campo que llevaron a la dilución de esas ideas iniciales. Una de ellas, creo la primera, tuvo que ver en primer lugar con mi propia posición como antropólogo: en lugar de encontrarme con una alteridad dispuesta a participar del proceso etnográfico, los integrantes del Movimiento se revelaron como un colectivo sumamente heterogéneo, aglutinado por un objetivo en común en torno al cual giran sus actividades. En palabras de una de las integrantes del movimiento:

“...genial si nos llevamos bien y somos amigos, pero aquí lo importante es que trabajemos bien, y juntos...”

Con esto en mente es más sencillo comprender cómo y por qué al comienzo del proceso etnográfico, el Movimiento se presentó ante mí como una alteridad inquisidora. Si se iba a establecer una relación entre ellos y yo, sería yo quien debía contestar las preguntas. Yo era el inquirido, yo era quien debía justificar su presencia. En tanto interlocutores, en ellos no hay, ni había, un pedido de legitimación de su discurso o alguna particularidad por la cual ellos pudieran requerir un antropólogo: si hace falta un antropólogo, hace falta para desyuyar.

Esta situación inició un recorrido en el cual mi principal desafío fue familiarizarme con ciertas palabras, como territorio y soberanía, o incorporar la idea de que las plantas “son alimento”. Estos fueron los pasos iniciales de una reflexión algo más amplia.

Las preguntas de este Trabajo Final terminaron así orientadas a problematizar las relaciones entre personas y plantas en un contexto donde ambas están comprometidas en una lucha muy específica: la construcción de soberanía

alimentaria y territorio soberano mediante la producción agroecológica.

A lo largo de los capítulos anteriores he intentado acercarme a las distintas partes de esta pregunta, problematizando en primer lugar la terminología de partida (la relación entre personas y plantas) para luego explorar los conceptos y prácticas guía de la lucha del MAUC. Este recorrido fue posible a partir de la combinación de una serie de elementos cuyos vínculos he intentado explicitar a lo largo del Trabajo Final, pero que vale la pena retomar aquí.

La formulación de la pregunta de investigación y la elección de ciertas direcciones específicas en el desarrollo del trabajo dependieron de la presencia de un autor clave, Bruno Latour, cuyos conceptos me condujeron a intentar una aproximación “simétrica” a los dos términos de la relación que intentaba explorar: en un primer momento, pretendía otorgar un carácter igualmente activo en la construcción de la soberanía alimentaria y territorio soberano a plantas y personas. Esta idea tuvo que ser replanteada para dar cuenta de una especificidad del lugar

que ocupaban las “plantas” en la propuesta del MAUC: éstas se conciben como “alimento”, y es a partir de su carácter de alimento que toman un rol protagónico en la lucha.

Las plantas como entidades en relación al territorio pueden ser descritas desde muchos abordajes teóricos. Sin embargo, la particularidad del encuentro entre la teoría desde la cual yo construí mis preguntas y las prácticas del Movimiento, es que ambos reconocían una misma cosa: eran las personas junto al alimento, en tanto colectivo, quienes podían construir territorio soberano.

El concepto de territorio fue tomando significación a lo largo del recorrido etnográfico. Considero que en comparación con la importancia que le otorgué al momento de formular el proyecto de Trabajo Final ese concepto cobró una relevancia que no estaba contemplada inicialmente. Los aportes de Ingold fueron claves para poder comprender aquello a lo que los integrantes del MAUC se referían. El territorio existe en tanto es ejercido, como espacio en que habitan un conjunto de experiencias,

voluntades, técnicas, personas y alimentos que ejercen constantemente, en lo que definí como “presente continuo”, una lucha por continuar su existencia y extenderse. La única manera de mantener vivo el territorio es mediante la ejecución cotidiana de las tareas que permiten producir soberanía alimentaria. Esto no es así sólo porque en el momento en que estas tareas dejen de realizarse, el territorio construido mediante ellas corre el riesgo de ser avasallado por la inercia del sistema de producción y consumo industrial de alimentos. También ha de considerarse que la construcción cotidiana de territorio y soberanía alimentaria a partir del modelo agroecológico es el mejor argumento para crecer, para convencer a otros de que producir y comercializar a esa escala y de esa manera es posible y deseable.

En ese sentido, querría rescatar la complejidad de las tareas que forman parte de la acción de “producir” alimentos. Tal como ha sido trabajado, uno de los principales objetivos del MAUC es reducir la distancia entre productores y consumidores, entre producción y consumo. La producción, como actividad que inicia en el acto de elegir una forma de

alimentarnos, abarca también al consumo. En este sentido, retomaré en el apartado siguiente algunos hilos abandonados a lo largo del rastreo realizado, entre ellos, el carácter “urbano” del movimiento y su problematización.

En el MAUC, “producción” es un concepto que da cuenta de la relación simétrica entre alimento y personas que permite la existencia del territorio soberano. La palabra “planta” no es utilizada por ellos porque ambas partes están dentro de una relación que las asume como alimento. Una vez incorporado a mi trabajo, el concepto de producción me interpeló. Frente a eso tengo que decir que, en principio, cruzando el recorrido del Movimiento con el mío me siento ligeramente incómodo en relación a mi trabajo, al pensar qué puede llegar a *producir*, o cómo puede ser un mediador. No considero irrelevante esta pregunta desde el momento en que surge de las características específicas de la propuesta del MAUC y de mi encuentro con ella: Ellos tienen un motivo para producir papas y hacerlo de un cierto modo, ¿cuál es el mío? El dilema surgió de la incorporación de su lógica y su crítica a mi manera de producir, y continúa existiendo. En ese sentido, el proceso etnográfico dio como

resultado un nuevo ejercicio de simetría, totalmente inesperado: la simetría alimento-etnografía. El carácter imprevisible de estas dos cuestiones, la interpelación del concepto de producción sobre mi propio trabajo y la consecuente simetría alimento-etnografía encuentran una articulación bastante fluida con la propuesta de Strathern, que destaca justamente ese carácter imprevisible y el modo en que esto obliga a una “negociación” entre lo esperado, el campo y la escritura que produce el texto etnográfico. Al igual que en el caso de los alimentos en el MAUC, este tipo de mirada sobre el texto etnográfico anula toda pretensión de extractivismo del dato.

Para concluir, desearía retomar uno de los puntos más ricos y desafiantes de la etnografía: la pluralidad de concepciones de mundo que conviven en el Movimiento y que se articulan en sus prácticas. En ese sentido, la presencia de la pacha invita a reflexionar sobre la necesidad de abandonar los ejercicios de purificación para comprender muchas formas de vivir y construir nuestros mundos.

Harina de otro costal.

En este apartado me propongo dar cuenta de aquellas cuestiones que quedaron “al margen” de la etnografía. Tópicos que fueron tratados, o propuestos, y por diferentes motivos no recibieron la atención o el desarrollo que había sido planeado para ellos o que tal vez merecen. También se trabajarán los temas que surgieron del proceso etnográfico y que sólo fueron abordados tangencialmente, ya sea porque exceden los objetivos de este trabajo o porque abordarlos con la seriedad que les corresponde implicaría cuanto menos un trabajo de campo mucho más extensivo tanto a nivel temporal como en cuanto a las relaciones y personas involucradas.

Tal es el caso de la discusión acerca del significado y relevancia los términos “urbano” y “rural” en el Movimiento. El desafío en este caso radica en que estos aspectos no son prioridades a ser discutidas o ejercidas por los integrantes del MAUC. Si bien podría pecar de ingenuo, entiendo que el Movimiento se pliega al concepto de “urbano” por dos motivos: en primer lugar, se refiere a las trayectorias vivenciales de cada uno de sus integrantes; en

segundo lugar, “urbano” remite a aquellos espacios a los cuales ellos tienen acceso para organizar su producción. Recordemos que las primeras tierras cultivadas se encuentran en o muy próximas al ejido urbano de Córdoba, situación que se mantiene hasta el presente, ya que la zona en que se ubica el campo de Guiñazú es considerada parte del Cinturón Verde de Córdoba.

Creo además que desde las lógicas que hemos explorado a lo largo del Trabajo Final, es posible comprender la ausencia de lo urbano-rural como problema considerando el enfoque específico desde el cual el Movimiento construye miradas sobre el territorio: el problema no es la ciudad o el campo, sino la distancia entre productores y consumidores. La ubicación de estos actores en el espacio urbano no debería ser un factor relevante para tomar postura y emprender acciones tendientes a la soberanía alimentaria. Puede decirse que el Movimiento no problematiza la distinción ciudad-campo, porque procura desintegrarla.

En este sentido, otro punto que considero necesario retomar aquí es la particular relación que se teje entre los

integrantes del Movimiento y sus "clientes", quienes toman un rol mucho más activo que el otorgado al consumidor en otros esquemas de circulación de los alimentos. Por ejemplo, los clientes suelen demandar explícitamente nuevos cultivos o alimentos inesperados para los integrantes del Movimiento.

Un buen ejemplo de esto ocurrió posteriormente a la formulación de la estructura y el contenido principal de este Trabajo Final, pero indudablemente aporta nuevas vetas a ser exploradas, a la vez que plantea nuevos desafíos. En las visitas más recientes al campo me encontré con que se estaban realizando cosechas de llantén y ortigas, ambas plantas que, si bien eran mantenidas en el campo por distintos motivos, no eran consideradas productos de venta por el MAUC, pero habían comenzado a ser demandadas por algunos clientes asiduos de la Feria.

En relación a esto tampoco considero haber logrado dar buena cuenta de los clientes del Movimiento, sé por conversaciones con los integrantes del Movimiento que algunos de los clientes consideran que sus compras son

“una forma de colaborar con la militancia”. Es claro que uno de los objetivos del MAUC está siendo logrado, dado el nivel de compromiso y participación de estos clientes. Considero que estas personas son más relevantes de lo que ha sido puesto en evidencia en este trabajo.

La situación disparada por la cosecha de ortigas también trajo a colación un concepto a explorar, el de “buenezas”. Se suele aplicar a aquellas plantas que crecen sin que nadie las cultive y que son desmerecidas en la cosecha, la venta y la cocina. La breve aproximación bibliográfica que llevé a cabo sobre este tópico disparó incomodidades de índole ético: generalmente estas plantas son consideradas como alimentos desperdiciados que podrían satisfacer a poblaciones económicamente vulnerables y no como una alternativa alimenticia para cualquiera. De esta forma las buenezas aparecen cargadas de significados complejos que es necesario explorar más exhaustivamente.

Una cuestión que fue formulada al momento de plantear el proyecto que conduciría a este Trabajo Final para luego desaparecer de su desarrollo es la pregunta por el modo en

que las categorías de lo "urbano" y lo "rural" pueden ser exploradas o resignificadas a partir de la experiencia etnográfica junto al MAUC. Las razones de esta omisión tienen que ver fundamentalmente con la ausencia de esta problemática en el discurso de los miembros del Movimiento. Pese a la presencia del apelativo "urbano" como parte del nombre del MAUC, la cuestión de la ciudad o de lo urbano no es trabajada por ellos como problemática ni forma parte del discurso cotidiano.

Finalmente, una entrevista realizada por un programa de televisión local en el mes de julio de 2017, disparó recientemente charlas con algunos de los integrantes en las cuales surgió la idea de que no solamente es necesario poner en cuestión la sanidad de los alimentos: la frase "alimento sano" está compuesta por un binomio en el cual lo puesto en cuestión es generalmente el alimento, no la idea de salud sobre la cual construimos la discusión. Considero que una de las dificultades a las que el MAUC se enfrenta es que al entrar en diálogo con personas que no están atravesadas por los discursos y dispositivos que forman parte de una lógica de alimentación sana, ambos

interlocutores no comparten el concepto de “lo sano”, o de salud. Desde el Movimiento se piensa en la salud como un concepto extensivo, que se aplica a múltiples vértices de la vida de una persona, no solamente a aquellos aspectos referidos a su organismo en tanto unidad médica. Esta sanidad extendida puede ser retomada también en términos de a quiénes mantiene sano un alimento, incluyendo desde otros alimentos hasta el ambiente, pasando por quienes lo producen y consumen.

La contracara de este asunto es el concepto de patologización, tal vez uno de los más disputados entre el modelo agroecológico y el modelo agroindustrial: ambos utilizan esta idea para descalificar la producción y los productos del modelo opuesto. Nuevamente, retomo las preguntas que podrían permitirnos analizar esta cuestión: *“¿qué elementos presentes en nuestros alimentos son, pueden llegar a ser o pueden tornar a esos alimentos “patológicos”? y ¿Para quién: humanos, ecosistema, economía, otras plantas o animales? La respuesta queda a consideración de todos.”*

IMÁGENES





Mapa con la ubicación del “Campo de Guiñazú”



Logotipo utilizado por el MAUC en sus productos.



Entrada al campo de Guiñazú.



Recorriendo el campo de Guiñazú.



Ofrendas.



Semillas Criollas, Patrimonio de los Pueblos al servicio de la humanidad.



Siembra.



El campo tempranito.



Cosecha de tomates.



Cosecha de colores hermosos.



Listas para la ferias.



El puesto de la Feria.



En plena venta.



Charlando en el puesto.



Las visitas a la Feria.

BIBLIOGRAFÍA

Altieri, M; Toledo, V.M. (2010). “La revolución agroecológica de América Latina. Rescatar la naturaleza, asegurar la Soberanía Alimentaria y empoderar al campesino”. En El Otro Derecho nº 42. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/ilsa/20130711054327/5.pdf>

Barruti, S. (2013). *Mal comidos. Cómo la industria alimentaria argentina nos está matando.* Buenos Aires. Espejo de la Argentina – Planeta.

Declaración de Nyéléni. (2007). Foro Para la Soberanía Alimentaria – 2007. Disponible en: <https://nyeleni.org/IMG/pdf/DeclNyeleni-es.pdf>

Declaración de Roma sobre la Seguridad Alimentaria Mundial. (1996). Disponible en: <http://www.fao.org/docrep/003/w3613s/w3613s00.htm>

Drausal, Bárbara. (2006). Buenezas en la Mesa. Bariloche, Argentina. Disponible en:

http://plataforma.redesan.ufrgs.br/biblioteca/pdf_bib.php?COD_ARQUIVO=14041.

Descola, P. (2012). Más allá de la Naturaleza y la Cultura. Buenos Aires. Ed. Amorrortu.

Fernández Sanjuan, Vanessa; Pérez-Caballero Abad, Alberto; Luengas Rivero, Pablo; Magallón Grande, Xavier. (2014). *Commodities Agrícolas Y Biocombustibles*. Tesis de Maestría Máster Universitario en Mercados Financieros. Barcelona School of Management Universitat Pompeu Fabra.

Gárgano, Cecilia. (2015). “Tecnología agropecuaria y dictadura”. En *La intervención militar del INTA Ciencia en dictadura: trayectorias, agendas de investigación y políticas represivas en Argentina*. Cecilia Gárgano (comp). Buenos Aires: INTA. Disponible en: http://inta.gob.ar/sites/default/files/inta-ciencia_en_dictadura.pdf

Giorgio, Angelina; Lewit, Lucía. (2015). *El movimiento de agricultores/as urbanos /as de Córdoba y su disputa por la de Córdoba: Una aproximación desde los marcos*

de acción colectiva. Tesis de Grado, Licenciatura en Psicología. Universidad Nacional de Córdoba.

Gras, Carla; Hernández, Valeria. (2009). *La argentina rural, de la agricultura familiar a los agronegocios. El fenómeno sojero en perspectiva*. Editorial Biblos-Sociedad.

- (2013). *El agro como negocio: producción, sociedad y territorios en la globalización*. Buenos Aires, Ed. Biblos.

Ingold, Tim (1993) "The Temporality of the Landscape". En *World Archaeology*, Vol. 25, No. 2, Conceptions of Time and Ancient Society (Oct. 1993), pp. 152-174
Published by: Taylor & Francis, Ltd. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/124811>.

Ladio, Ana. (2005). "Malezas exóticas comestibles y medicinales utilizadas en poblaciones del Noroeste patagónico: aspectos etnobotánicos y ecológicos." En: *Boletín Latinoamericano y del Caribe de Plantas Medicinales y Aromáticas*, vol. 4, núm. 4, julio, 2005, pp. 75-80. Universidad de Santiago de Chile. Chile - Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España

y Portugal Sistema de Información Científica. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=85640405>

Latour, B. (2012 [2010]) *Cogitamus. Seis cartas a las humanidades científicas*. Buenos Aires. Ed. Paidós.

- **(2007 [1991])**. *Nunca fuimos modernos*. Buenos Aires. Ed. Siglo XXI.
- **(2008 [2005])**. *Reensamblar lo social. Una introducción a la Teoría del Actor-Red*. Buenos Aires. Manantial.
- **(2004)** *Politics of Nature*. Harvard University Press.

Marconetto, M. B. (2008). “*Linneaus en el Ambato. El uso de la clasificación taxonómica en Arqueobotánica*”, en Giovanetti, M., Lema, V. y Archila, S. (eds.) *Arqueobotánica y teoría arqueológica*. Discusiones desde Sudamérica, pp. 143-166. Bogotá: UNIDADES

Mioni, Walter; Godoy Garraza, Gastón; Alcoba, Laura. (2013). *Tierra sin mal: aspectos jurídicos e institucionales del acceso a la tierra en Salta* - 1a ed. - Jujuy: Ediciones INTA. Disponible en:

http://inta.gob.ar/sites/default/files/script-tmp-tierra_sin_mal_-_inta_region_noa.pdf

Murmis, M y Murmis M.R. (2012). “El caso de Argentina”. En: *Dinámicas del mercado de la tierra en América Latina y el Caribe: concentración y extranjerización*. Fernando Soto Baquero y Sergio Gómez, comp. Ed. FAO.

Raffaele, Estela; Rapoport, Eduardo; Díaz-Betancourt, Martha; Ghermandi, Luciana; Ladio, Ana; López-Moreno, Ismael (1999). “Weeds as a source for human consumption. A comparison between tropical and temperate Latin America”. En: *Revista de Biología Tropical* - vol.47 n.3 San José Sep. 1999

Strathern, Ann Marilyn (2014 [1941]). *O efeito etnográfico e outros ensaios: Marilyn Strathern*. Coordinadora editorial: Florencia Ferrari Traducción: Iracema Dulley, Jamille Pinheiro y Luísa Valentini São Paulo. Ed. Cosac Naify.

Taussig, M (2015). *The Korn Wolf*. University of Chicago Press.

Tetamanti, Juan. (2005). “Acción y disolución de la Junta Nacional de Granos en el contexto político nacional y su impacto en el sector agrario” - En *Margen. Revista de Trabajo Social y Ciencias Sociales*. Edición N° 40. Disponible en:

<https://www.margen.org/suscri/margen40/granos.html>

Tieman, Denise; Zhu Guantao; Resende, Marcio; Nguyen, Coung; Bies, Dawn; Rambla, José Luis; Tao, Lin; Ortiz, Kristty; Tylor, Mark; Zhang, Bo; Ikeda, Hiroki; Liu, Zhongyuan; Fisher, Josef; Zemach, Itay; Monforte; Antonio; Zamir, Dani; Granell, Antonio; Krist, Matias; Huang, Sanwen†; Klee, Harry†. (2017) “A chemical genetic roadmap to improved tomato flavor”. En *Science* 27, Enero 2017: Vol. 355, Número: 6323, pp. 391-394 DOI: 10.1126/science.aal1556

VÍA CAMPESINA. (2007). *Declaración De Tlaxcala II Conferencia Internacional De La Via Campesina Tlaxcala, Mexique, Abril, 1996.* En <https://viacampesina.org/es/index.php/nuestras->

[conferencias-mainmenu-28/2-tlaxcala-1996-mainmenu-48/374-ii-conferencia-internacional-de-la-via-campesina-tlaxcala-mexique-18-al-21-abril-1996](#)

- **(2011).** *Documento de Punto de Vista de la Vía Campesina.* La agricultura campesina sostenible puede alimentar al mundo. Disponible en:
<http://www.alainet.org/images/Agriculturacampesina.pdf>

Villulla, Juan manual. (2015). *Las cosechas son ajenas Historia de los trabajadores rurales detrás del Agronegocio.* Editorial Cienflores.

Viveiros de Castro, E. (2010). *Metafísicas caníbales. Líneas de antropología postestructural.* Buenos Aires: Katz.

